



*sin siquiera reparar que estaba
herido, subió a una colina, que
dominaba la llanura,*

EL BASTARDO

DE

M A U L E O R.

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. C.

TOMO IV.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

EL BASTARDO

de Mauleon.

CAPITULO I.

En el que se verá como su Santidad el Papa Urbano V se decidió al fin á pagar la cruzada , y á bendecir á los cruzados.

No bien habria tenido tiempo de regresar á Aviñon el desgraciado fugitivo , cuando Duguesclin haciendo avanzar sus tropas , acabó de completar aquel terrible círculo , que tan sérios temores infundió al sumo

Pontífice , cuando desde su terrado vió que principiaba á formarse. En este movimiento Villeneuve , la Beguide y Gervasy cayeron en poder de los aventureros , á pesar de que el primer punto estaba guarnecido por una fuerza de quinientos á seiscientos hombres.

El condestable habia encargado á Hugo de Caverley que verificase este movimiento , apoderándose de los citados puntos , porque como conocia la manera que tenia de preparar su alvergue no dudaba que su conducta al dar principio á la campaña, habia de producir grande impresion en el ánimo de los aviñoneses.

—En efecto , desde aquella misma noche pudieron ver los habitantes de Aviñon desde lo alto de sus murallas , unas grandes hogueras , que á veces se encendian con trabajo, pero que concluian por arder á las mil maravillas. Poco á poco orientándose y reconociendo los puntos preci-

sos de donde salian las llamas , vieron que sus casas eran las que ardian , y que sus olivos estaban sirviendo de teas.

Al mismo tiempo los ingleses , despues de paladear los restos de sus vinos de Chalons , Thorins , y de Beaune , la emprendian de nuevo con los de Rivesalte , l'Hermitage , y St. Peray , que los hallaban de mas cuerpo y de mas grato sabor.

Al notar el resplandor , producido por todos aquellos fuegos que ceñian la ciudad , y que dejaban ver los preparativos nocturnos de los ingleses , reunió el Papa su consejo.

En breve los Cardenales se dividieron como de costumbre. Los mas fueron de opinion , que se redoblase la severidad , no solo contra los aventureros , sino contra la Francia entera.

Pero el señor Legado , en cuyo tímpano resonaban aun los gritos de los excomulgados , no quiso ocultar á su

Santidad y á su consejo , la impresion que habian hecho en él.

El sacristan , por su parte , referia en las cocinas del Papa los peligros que habia corrido en su calidad de acompañante del Legado , y de los cuales habian podido escapar , gracias á su heroica actitud que habia infundido respeto á los ingleses , franceses y bretones.

Mientras que los marmitones tributaban sinceros aplausos al valor del acólito , los Cardenales escuchaban la narracion del Legado.

—Estoy pronto , decia este , á arriesgar mi vida en obsequio del mejor servicio de nuestro santo Padre , porque declaro que ya habia hecho el sacrificio de ella , en atencion á que jamás ha estado tan espuesta como en mi expedicion al campamento; pero no puedo prescindir de hacer presente al consejo , que , sin una orden espresa de su Santidad , que equivaldria á obligarme á marchar al mar-

tirio , martirio hácia el que yo caminaría gozoso , si pudiera creer (pero no lo creo) que habia de redundar en beneficio de la Santa fé Católica , sin dicha órden , repito , no volveré á ir segunda vez al campamento de esos furiosos á no ser para llevales cuanto soliciten.

—Veremos , veremos , dijo el Papa conmovido , y lleno de inquietud.

—Perdonad , santísimo padre , dijo uno de los Cardenales , creo que ya hemos visto demasiado.

—Y qué es lo que hemos visto? preguntó Urbano.

—Hemos visto , arder una porcion de casas de campo , entre las que distingo perfectamente la mia y.... á propósito , dirigid la vista hácia ella , santísimo padre , porque si no me engaño , acaba de desplomarse en este mismo momento.

—Efectivamente , dijo Urbano , las circunstancias son cada vez mas

apremiantes.

—Y yo tambien lo creo, santísimo padre, con tanta mas razon, cuanto que tenia en mis bodegas la cosecha de vino de seis años á esta parte. Dícese que esos descreidos no se toman la molestia de taladrar las cubas, sino que les quitan el fondo para beber mas á gusto.

—Yo soy de parecer, repuso un tercero, á cuya quinta iba aproximándose rápidamente el incendio, de que se envíe un embajador al condestable, rogándole en nombre de la Iglesia, que se digne poner coto al pillaje que cometen sus soldados en nuestras tierras.

—Queréis encargaros vos mismo de esa mision? preguntó el Papa.

—Lo haría con mucho gusto, santísimo padre; pero soy mal orador, y además el condestable no me conoce; por lo que creo que convendria mas se confiara á otro, cuyo semblante no fuese desconocido para

el gefe del ejército.

—El Papa se volvió á mirar hácia el sitio donde estaba el Legado.

—Concededme al menos , respondió éste , el tiempo necesario para decir el *in manus*.

—Es muy justo , dijo el santo Padre.

—Pero daos prisa , exclamó el Cardenal , cuya quinta se hallaba próxima á ser presa del incendio.

—El Legado se puso en pie , y despues de hacer la señal de la cruz , dijo:

—Estoy pronto á marchar al martirio.

—Tomad mi bendicion , añadió el Papa.

—Pero qué he de decirle ?

—Que procuren extinguir el fuego , y yo extinguiré mi cólera ; que cesen de incendiar , y yo cesaré de anatematizar.

El Legado hizo un movimiento de cabeza , significando que desconfia-

ba del éxito de su comision , pero no por eso dejó de mandar en busca de su fiel acólito , el cual apenas habia concluido de cantar su Iliada , cuando con harto sentimiento suyo se veia precisado á emprender la Odissea.

Ambos partieron equipados del mismo modo que la primera vez ; porque aun cuando el soberano Pontífice , habia creido oportuno que los escoltáran algunos de sus soldados , estos se negaron diciendo , que se habian enganchado para dar la guardia de honor al santo padre , pero de ninguna manera para ir á háberse las con descomulgados ; así , pues , el Legado se vió en la precision de marchar sin ellos , lo que no le disgustó por otra parte , pues que al verificarlo únicamente con su acólito , podia contar al menos con su misma debilidad.

El Legado al dirigirse al campo de los aventureros , cogió una enorme

rama de olivo , como símbolo de paz, y en el instante mismo que vió á los ingleses principió á gritarles:

—Buenas nuevas! buenas nuevas!

Los ingleses , que no conocian el idioma , pero que en cambio comprendian los gestos del legado , no le recibieron del todo mal ; los franceses que lo comprendian , se pusieron á la expectativa ; y los bretones , que medio lo entendian , se inclinaron respetuosamente á su paso.

Esta vez podia decirse que la vuelta del Legado al campamento se asemejaba á un triunfo , y aun pudiera añadirse que el incendio substituía á los fuegos artificiales.

Pero cuando el pobre embajador se vió en la precision de participar á Duguesclin , que nada absolutamente traia mas que lo que habia prometido en su anterior entrevista, es decir , la absolucion del santo padre , lo hizo con lágrimas en los ojos.

Duguesclin le lanzó una mirada que queria decir:

—Y habeis osado volver á mi presencia , para hacerme semejante proposicion?

Turbado el nuncio , y sin pararse ya en nada, exclamó:

—Salvadme , señor condestable, salvad mi vida ; porque seguramente voy á ser víctima del furor de vuestros soldados , si llegan á saber, que despues de haberles anunciado que era portador de buenas nuevas , he venido con las manos vacias.

—Hum ! No os diré que no suceda asi , repuso Duguesclin.

—Ah ! ah ! bien habia anunciado á su Santidad que me enviaba á sufrir el martirio!

—Debo confesaros , dijo el condestable , que mas bien que hombres , son unos lobos carniceros : la escomunion ha producido en ellos un efecto tal , que me ha sorprendido

á mí mismo. Yo creía que tenían el cuero mas duro , pero veo , que si no se les dan de aquí á mañana dos ó tres escudos de oro á cada uno, para ponerlos sobre la que madura que les ha hecho el rayo espiritual, no respondo de las consecuencias, porque son muy capaces de poner fuego á la ciudad de Aviñon , y de convertir en pavesas, ¡me horroriza el pensarlo ! á los Cardenales y aun el Papa mismo.

—Pero ya conoceréis , señor condestable , dijo el Legado , que es preciso comunicar á su Santidad esta respuesta á fin de que se apresure á tomar una resolucion que prevenga tantas calamidades , y que para inducirle á ello es indispensable el que yo vuelva á la ciudad sano y salvo.

—Volvereis algo magullado , dijo Duguesclin , para que le haga mas efecto. Pero por otra parte , añadió, no queremos violentar el ánimo de

su Santidad ; preferimos que su decision sea libre y espontánea : por lo tanto voy á conducirlos yo mismo, como la vez primera, y á haceros salir para mayor seguridad por una puerta falsa.

—Ah ! señor condestable, exclamó el Legado profundamente conmovido, sois, lo que se llama, un buen cristiano.

Duguesclin cumplió su palabra. El enviado de su Santidad dejó sano y salvo el campamento : pero desde el instante mismo en que partió, volvieron á entregarse los soldados al incendio y al pillaje que habian interrumpido al anuncio de las buenas noticias que el Legado habia dicho les llevaba.

Esto era muy natural ; al ver fallidas sus esperanzas se habia redoblado su cólera, y esto fue causa de que se bebiesen el vino, y saqueasen completamente todo.

Los aviñonenses continuaban miran-

do desde las murallas su propia ruina, sin atreverse los mas valientes á salir de la ciudad. Los Cardenales se lamentaban amargamente.

El Papa hizo entonces proponer á los aventureros el envío de cien mil escudos.

—Traedlos, respondió Duguesclin, y luego veremos.

El Papa reunió su consejo, y con el semblante descompuesto por el dolor, dijo:

—Hijos míos, es preciso que aceptemos este sacrificio.

—Sí, santísimo padre, repusieron á una voz los Cardenales; porque como dice Ezequiel, «el enemigo ha tomado posesion de nuestras tierras, ha entrado en nuestras ciudades á sangre y fuego y ha violado á nuestras mugeres é hijas.»

—Sacrifiquémonos, pues, dijo Urbano V.

El tesorero se aprestaba ya á recibir la órden de visitar las arcas.

—Piden cien mil escudos , dijo el Papa.

—Debe dárseles , dijeron los Cardenales.

—Oh ! sí , repuso su Santidad.

Y levantando los ojos al cielo , suspiró profundamente: en seguida llamó al tesorero.

—Angelo !

El tesorero se inclinó.

—Angelo , continuó el Papa , haced promulgar en la ciudad que he decretado una contribucion de cien mil escudos ; no especifiqueis si son de oro ó plata , eso se aclarará despues: en el caso de que los aviñoneses se quejen de este impuesto, hacedles saber lo que habeis presenciado , y añadid que ni mis oraciones ni las de mis Cardenales han sido poderosas para salvar á mi amado pueblo de esta calamidad.

Los Cardenales y el tesorero miraron al Papa con grande admiracion.

— Ah ! exclamó el pontífice , estas pobres gentes pueden darse la enorabuena de rescatar por tan poco precio sus casas y sus haciendas. Pero en verdad, en verdad, añadió con las lágrimas en los ojos, que es triste cosa para un príncipe el verse en la necesidad de dispendiar de este modo el dinero de sus súbditos.

— Que hubiera sido muy útil á vuestra santidad en cualquiera otra ocasion, repuso el tesorero inclinándose.

— Cúmplase la voluntad de Dios ! dijo el Papa.

Y el pueblo que habia recibido muy mal la contribucion , mientras creyó que se trataba de cien mil escudos de plata , se resistió á pagarla, quando llegó á saber que eran de oro.

Entonces fue quando su Santidad recurrió á sus soldados , y como ahora no se trataba ya de habérseles con escomulgados sino con bue-

nos cristianos , depusieron aquellos sus agujas de hacer media y empuñaron las picas con tan marcial desenfado , que los aviñoneses cobraron miedo , y volvieron al punto á entrar en su deber.

Al despuntar el dia encaminóse por tercera vez el Legado al campamento de los escomulgados , conduciendo no yajuna mula , sino diez caballos rica y espléndidamente enjaezados.

Los soldados al verle prorrumpieron en grandes gritos de gozo , los cuales hicieron en el Legado una impresion menos favorable , que sus incómodas y molestas imprecaciones.

Pero en lugar de encontrar á Beltran gozoso de aquella prueba palpable y sonante de la sumision de la santa Sede , vió por el contrario con harta sorpresa suya , que tenia mohino el semblante , y que estaba estrujando con los dedos un pergamino

no que acababa de leer en aquel momento.

—Oh! dijo el condestable, moviendo la cabeza, vaya un buen dinero que me traeis, señor legado?

—No es verdad? dijo el embajador, que creía con razón que el dinero era dinero, y que por consiguiente siempre era bueno.

—Sí, continuó Duguesclin, pero me asalta un escrúpulo; de dónde procede ese dinero?

—De su Santidad, puesto que su Santidad, es quien os lo envía.

—Muy bien; pero quién los ha desembolsado?

—Diantre! presumo que su Santidad mismo.

—Perdonad, señor Legado, dijo Duguesclin, pero un hombre de la Iglesia no debía mentir.

—Sin embargo, yo soy testigo....

—Dignaos leer aquí.

Y Duguesclin presentó al legado el pergamino que arrollaba y desar-

rollaba con los dedos.

El Legado tomó el pergamino , y leyó.

« Entra acaso en las intenciones del
« noble caballero Duguesclin , el que
« una ciudad inocente , y esprimida
« ya por su príncipe , que unos po-
« bres paisanos medio arruinados , y
« que unos jornaleros acosados por el
« hambre , se priven de su último pe-
« dazo de pan , para pagar una guer-
« ra caprichosa ? Esta pregunta vá
« dirigida en nombre de la humani-
« dad , al mas leal de los caballeros
« cristianos por la pobre ciudad de
« Aviñon , que acaba de pagar á cos-
« ta de enormes sacrificios , cien mil
« escudos de oro , mientras su San-
« tidad guarda en los subterráneos
« de su palacio dos millones de es-
« cudos , sin contar los tesoros de
« Roma. »

— Y bien ? preguntó irritado Ber-
trand despues que el legado conclu-
yó su lectura.

—Ay ! dijo el Legado ; es preciso que alguno haya hecho traición á su Santidad.

—Es decir, que es cierto lo que se me manifiesta de esas riquezas escondidas ?

—Asi parece.

—Pues entonces , señor Legado, dijo el condestable, volved á llevaros ese oro; no es el pan del pobre, el que apetecen los soldados que van á defender la causa de Dios , sino lo supérfluo del rico. Asi, pues, escuchad con atencion lo que os dice el caballero Bertrand Duguesclin, condestable de Francia ; si los doscientos mil escudos que han de pagar el Papa y los Cardenales , no están aquí antes de que espire el dia, esta noche reduzco á cenizas no los arrabales , no la ciudad , sino el palacio y á los Cardenales y con los Cardenales al Papa, en tales términos, que para mañana, ni vestigios siquiera han de quedar de semejante palacio del Papa,

ni de los Cardenales. Id con Dios, señor Legado.

Estas nobles palabras fueron acogidas por los soldados, los oficiales, y los gefes con una salva de aplausos tan estrepitosos, que no dejaron duda al embajador de la unanimidad de las opiniones. De suerte que el Legado emprendió de nuevo el camino de Aviñon volviéndose á llevar los caballos y la carga que habian traído al campamento.

—Hijos míos! dijo el condestable á aquellos de sus soldados que por hallarse distantes no habian entendido sus palabras, y que se manifestaban sorprendidos de las aclamaciones de sus camaradas, ese pobre pueblo no tenia mas que cien mil escudos que darlos, y esta cantidad es muy corta, puesto que es precisamente la que yo he ofrecido á vuestros gefes. Pero el Papa, va á mandarnos doscientos mil.

En efecto; tres horas despues en-

traban en el campamento de Duguesclin, para nunca mas salir de él, veinte caballos que se doblaban bajo el peso de la carga que traian; el Legado de su Santidad, despues de haber formado tres montones, el uno de cien mil escudos de oro, y los otros dos de cincuenta mil cada uno, añadió la bendicion pontifical, á la cual contestaron los aventureros, deseándole toda clase de felicidad, pues no hay duda que eran unos pobres diablos, cuando las cosas se arreglaban de un modo conforme á su capricho.

En seguida que el Legado salió del campamento, dirigiéndose Duguesclin á Hugo de Caverley, á Claudio el Gifero, y al caballero Verde, les dijo:

—Ahora, señores, arreglemos nuestras cuentas.

Arreglémoslas, dijeron los aventureros.

—Os debo cincuenta mil escudos

de oro ; un escudo para cada soldado ; ¿ no es eso en lo que hemos convenido ?

—Exactamente.

Beltran se dirigió al monton mas grande.

—Ahí están , dijo , cincuenta mil escudos de oro.

Los aventureros los contaron despues que lo hizo Beltran Duguesclin , á causa del proverbio conocido ya en el siglo XIV : «El dinero se ha hecho para contarlo.»

—Bien ! dijeron ; he aquí la parte de los soldados ; pasemos ahora á la de los oficiales.

Beltran tomó del mismo monton veinte mil escudos.

—Cuatro mil oficiales , á cinco escudos por oficial , componen veinte mil escudos ; no es así vuestra cuenta ?

Los gefes se pusieron á apilar monedas.

—Bien está , contestaron al cabo

de un instante.

—Bueno ! dijo Beltran ; quedan los gefes.

—Sí , quedan los gefes , repuso Caverley pasándose la lengua por los labios , á guisa de hombre engolosinado.

—Con que es decir , añadió Beltran , que son diez gefes á tres mil escudos cada uno ; no es verdad ?

—Es la cantidad convenida.

—Pues ahí van treinta mil escudos , dijo Beltran , mostrando el monton de oro disminuido en mas de dos terceras partes.

—Perfectamente , dijeron los aventureros ; nada hay que decir.

—De manera , que ya no tendreis ninguna objecion que hacer para entrar en campaña ? preguntó Beltran.

—Ninguna absolutamente , respondió Caverley , y estamos prontos , con tal de que quede á salvo nuestro juramento de obediencia al príncipe de Gales.

—Sí, repuso Beltran; pero este juramento no atañe mas que á los súbditos ingleses.

—Por supuesto, repuso el capitán.

—Ea cosa convenida.

—Entonces estamos todos contentos, sin embargo.

—Qué ? preguntó Duguesclin.

—Y esos otros cien mil escudos ?

—Oh! sois demasiados buenos y previsores capitanes , para que dejeis de comprender que un ejército que va á entrar en campaña , necesita fondos.

—No cabe duda en eso , dijo Caverley.

—Y bien ! cincuenta mil escudos, están destinados para entrar en la caja general.

—Bueno ! dijo Caverley á sus compañeros , lo comprendo perfectamente ; y los otros cincuenta mil á la caja particular ; ¿ no es esto ? Cásquita ! qué hombre tan hábil.

—Venid acá , señor capellan, añadió Duguesclin , y vamos á componer entre los dos una carta de envío para nuestro buen amo el Rey de Francia , á quien destino los cincuenta mil escudos que nos restan.

—Ah ! repuso Caverley , ero si que es obrar bien ! no haria yo otro tanto , ni aun respecto á mi señor el príncipe de Gales.

CAPITULO II.

En el que se refiere como Hugo de Caverley estuvo á punto de ganar trescientos mil escudos de oro.

Sin duda se recordará que despues de la escena del jardin dejamos á Aïssa entrando en la casa de su padre , mientras que Agenor desaparecia por el otro lado del muro.

Musaron habia comprendido que ningun objeto podia ya retener á su amo en Burdeos: de suerte , que euando el jóven despertó del profundo letargo en el que le habian sumido los acontecimientos que aca-

bamos de describir , encontró ensillado su caballo , y á su escudero dispuesto para la partida.

Agenor se colocó de un salto sobre la silla , y picando espuela á su caballo , abandonó la ciudad al galope , seguido de Musaron , que segun costumbre queria permitirse con su señor algunas bufonadas.

—Parece , señor que nos quitamos de enmedio con harta prisa. Dónde diablos habeis metido el tesoro que habiais ido á buscar á casa de ese perro descreido ?

Agenor se encogió de hombros , y permaneció silencioso.

—No mateis á vuestro caballo , señor , continuó Musaron , porque habremos necesidad de él en campaña , y no es fácil que pueda resistir á ese paso mucho tiempo , sobre todo , si como ha hecho el príncipe Enrique de Trastamara , habeis escondido una cincuentena de marcos de oro en el forro de la silla.

—En efecto, dijo Agenor, creo que tienes razon, cincuenta marcos de oro, y cincuenta de hierro, son demasiado peso para una sola bestia.

Y aplicando á las espaldas del irreverente escudero un fuerte golpe con la acerada contera de su lanza, le dejó tan mal parado, que, como Agenor lo habia previsto, dió treguas á su tan importuna como estemporánea alegría.

De este modo, y siguiendo los pasos del príncipe Enrique, pero sin poder darle alcance atravesaron la Guyena y el Bearne; en seguida, franqueando los Pirineos, entraron en España por Aragon en cuyo reyno se incorporaron al príncipe, á quien hubieron de reconocer á la luz del incendio de una pequeña villa, á la cual habia pegado fuego el capitán Hugo de Caverley.

Así señalaban las compañías su llegada á España. El caballero Hugo que era aficionado en extremo á todo

lo pintoresco, habia preferido incendiar aquella villa, que se hallaba situada sobre una eminencia, para que, sirviéndose de ella como de un faro, alumbrasen sus llamas á diez leguas en contorno aquel pais que le era desconocido y que tenia grandes deseos de conocer.

Enrique no se dió por sorprendido de este capricho del capitán inglés; conocia á fondo á los gefes de los aventureros, y no ignoraba cual era su comportamiento. Asi, pues, se limitó á rogar á Duguesclin que interpusiera su autoridad para con sus subordinados, á fin de que estos hiciesen el menos daño posible.

—Porque, decia muy juiciosamente, este reyno ha de pertenecerme dentro de poco tiempo, y no quisiera por lo mismo encontrarle en un estado ruinoso y miserable.

—Lo creo muy bien, señor, dijo Caverley, y serán cumplidos vues-

tros deseos , si os dignais aceptar una condicion.

—Cuál ? preguntó Enrique.

—La de que vuestra alteza nos señale un tanto por cada muger que violemos , y otro por cada casa que dejemos intacta.

—No os comprendo , respondió el principe esforzándose mucho para dominar la repugnancia que inspiraba la cooperacion de semejantes bandidos.

—Nada hay mas sencillo , sin embargo , dijo Caverley : la conservacion de vuestras ciudades , y el aumento de vuestra poblacion , valen en mi concepto algun dinero.

—Bien ! sea lo que querais , repuso Enrique con forzada sonrisa , y hablaremos de ello mañana por la mañana ; pero entretanto.....

—Entretanto, señor, bien puede Aragon dormir tranquilo. Tengo ya, á Dios gracias, luz bastante para toda la noche , y Hugo de Caverley no

tiene reputacion de pródigo.

Contando con el cumplimiento de esta promesa , en la que á pesar de su originalidad se podia tener confianza , Enrique se retiró con Mauleon á su tienda , mientras que el condestable volvía á la suya.

El señor Hugo de Caverley en lugar de acostarse como se presume, que debería haber hecho despues de una jornada tan penosa, escuchó el ruido de los pasos que se alejaban y despues cuando se perdieron en el espacio y en la oscuridad las personas que los producian , se levantó, y llamó en voz baja á su secretario.

Este secretario era un personage muy importante para el bravo capitán , el cual , bien fuese por no saber escribir , lo que es muy probable, ó bien porque no se dignara tomar la pluma , lo que tambien es posible , habia encargado á este digno escriba la confeccion de todos los contratos , que tenian lugar entre el

gefe de los aventureros, y entre los prisioneros que querian procurar su rescate. Muy raro era el dia en que el secretario de mosen Hugo no tuviese que redactar algun documento de este género.

El escribiente acudió presuroso al llamamiento de su señor, trayendo la pluma en una mano, el tintero en la otra, y un rollo de pergamino debajo del brazo.

Acércate, Roberto, dijo el capitán, y estiende un libramiento que sirva al portador de pase al mismo tiempo.

Y de qué cantidad ha de ser el libramiento? preguntó el escribiente.

—Deja la suma en blanco, y procura que quede bastante hueco, porque ha de ser muy crecida.

—A nombre de quién? preguntó de nuevo el secretario.

—Deja tambien un espacio para el nombre.

—De igual dimension?

—Sí, porque ese nombre irá acompañado de muchos y pomposos títulos.

—Está bien, dijo Roberto, emprendiendo el trabajo con una actividad, en virtud de la cual daba margen á creer que tenia asignada su parte en las utilidades de su amo. Pero, ¿dónde se halla el prisionero?

—Todavía no ha caído en nuestras manos.

El escribiente conocia perfectamente á su señor, y por lo tanto no tardó un segundo en estender el pase, sospechando, que cuando el capitán habia dicho, que trataba de hacer un prisionero, era muy probable que estuviera ya en su poder.

Esta opinion no tenia nada de descabellada, porque en el instante mismo que el secretario dió fin á su trabajo, se oyó en direccion á la montaña un rumor que iba aproximándose por momentos.

Caverley parecía haber adivinado mas bien que oído este rumor, puesto que antes de que lo notase el centinela, se habia asomado á la entrada de su tienda

—Quién vive! gritó casi al mismo tiempo el centinela.

—Amigos! respondió la voz bien conocida del teniente de Caverley.

—Sí, sí; amigos, dijo Caverley restregándose las manos de contento; déjales el paso franco, y preséntales el arma cuando pasen por delante de tí, porque son gente de gran valía.

—En este momento, y al débil resplandor del incendio que se iba estinguiendo ya, vióse adelantarse unos cuantos prisioneros, escoltados por una partida de treinta soldados de la compañía de Caverley. Componíase el número de los prisioneros, de un caballero que estaba al parecer en la flor de su edad, de un moro que no habia querido apartarse de

junto las cortinillas de su litera , y de dos escuderos.

Cuando Caverley se cercioró de la identidad de los individuos, que acabamos de designar , hizo salir de su tienda á cuantas personas se hallaban allí, esceptuando á su secretario.

Aquellos á quienes comprendia esta orden , manifestaron al salir marcadas señales de un disgusto que no se tomaron la pena de disimular, porque quizá sospechaban el valor de la presa que acababa de caer entre las garras de aquella ave de rapiña , á quien ellos reconocian por gefe.

Caverley se inclinó respetuosamente al aspecto de los cuatro personajes que habian entrado en su tienda , y dirigiéndose al caballero, dijo:

—Serenísimo Rey , dignaos perdonar á mis subordinados cualquiera falta de deferencia que hayan come-

tido hácia vuestra alteza , porque no tenían el honor de conocerla.

—Serenísimo Rey ! repitió el prisionero, procurando en vano , dar á su acento una entonacion de sorpresa , y cubriéndose su rostro de una palidez que revelaba su inquietud ; ¿ es á mí á quien os dirigis, capitan ?

—Sí , á vos , el muy temido y respetado don Pedro , Rey de Castilla y de Marcia !

El caballero de pálido que estaba, se puso lívido y dejó asomar á sus lábios una sonrisa , que revelaba su desesperacion.

—En verdad, capitan, dijo, que lo siento por vos , pero habeis incurrido en un grande error , si creéis que soy ese á quien acabais de nombrar.

—A fe mia , señor , creed que os tomo por lo que sois , y en verdad he hecho una buena presa.

—Podeis creer lo que os acomodo-

de, dijo el caballero, haciendo un movimiento para ir á sentarse; pero no me será difícil convencerlos de que estais en un error.

—Para eso era preciso, señor, que no cometiéseis la imprudencia de andar.

El caballero cerró los puños.

—Por qué? preguntó.

—Porque á cada paso que dais os suenan las choquezuelas de la rodilla, la cual es una música muy agradable para un pobre capitán, á quien la Providencia ha concedido la dicha de haber hecho caer un Rey entre sus redes.

—Y no hay por ventura otro hombre, á escepcion del Rey don Pedro, que tenga ese mismo defecto?

—Es muy posible que lo haya, y casi llegais á hacerme dudar; pero tengo afortunadamente un medio, para saber si me he equivocado, como vos decís.

—Cuál? preguntó frunciendo el

ceño el caballero , á quien esta especie de interrogatoria mortificaba visiblemente.

—El príncipe Enrique de Trastámara se halla á unos cien pasos de aquí , y voy á enviarle recado de que venga , para ver si reconoce á su querido hermano.

El caballero hizo , á pesar suyo , un movimiento de cólera.

—Ah ! os poneis encendido ! exclamó Caverley ; vamos , confesad , que no me he equivocado , y os juro , á fé de capitan , que el secreto quedará entre nosotros solos , y que vuestro hermano no sabrá ni aun que he tenido la honra de hablar con vuestra alteza por espacio de algunos instantes.

—Bien ! vamos al caso ; qué queréis ?

—Nada puedo querer , como lo conoceréis , hasta que me convenza de la identidad de la persona que tengo en mi poder.

—Pues suponed que efectivamente soy el Rey ; hablad.

—Diantre ! vaya un tono con que habeis dicho ese ; hablad ! ¿ Creeis que tengo tan poco que deciros, que puedan explicarse en dos palabras ? Perdonad , señor, pero ante todo, es preciso , que os ponga una guardia digna de vuestra magestad.

—Una guardia ! Quereis segun eso retenerme como prisionero !

—Tal es , al menos , mi intencion.

—Y yo os digo , que no permaneceré aquí mas que una hora, aun cuando deba costarme la mitad de mi reyno.

—Oh ! y podreis , señor , daros por contento de que no os cueste mas de la mitad , porque en la situacion en que os hallais , estais casi seguro de perderlo todo.

—Fijad, pues, un precio á mi rescate ! exclamó el prisionero.

—Lo pensaré despacio , Rey mio,

dijo Caverley con frialdad.

Don Pedro hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo , y sin responder al capitan se apoyó en la lona de la tienda.

Caverley aparentó que se hallaba sumido en una profunda reflexion , y despues de una corta pausa , dijo:

—Tendriais inconveniente en darme medio millon de escudos de oro ?

—Sois un estúpido , respondió el Rey: no los hay en toda España.

—Pues sean trescientos mil: ¿ qué tal ? Me parece que soy bastante razonable.

—Ni la mitad , dijo el Rey.

—Entonces , señor , respondió Caverley, voy á escribir dos palabras á vuestro hermano Enrique de Trastamara: él que está mas ducho en eso de régios rescates , fijará mejor que yo el precio del vuestro.

Don Pedro apretó con fuerza los puños , y el sudor que corria hilo á

hilo por sus cabellos , había mojado sus mejillas.

Caverley se volvió hacia su secretario.

—Maese Roberto , le dijo, id á convidar de mi parte al príncipe don Enrique de Trastámara , para que se digne reunirse conmigo en mi tienda.

El escribiente se dirigió hacia la salida de la tienda , y en el momento en que iba á salir , don Pedro se puso en pie.

—Daré los trescientos mil escudos de oro , dijo.

Caverley brincó de gozo.

—Pero como , despues de separarme de vos , continuó don Pedro , es muy posible que vuelva á caer en manos de otro bandido que quiera tambien pedirme dinero por mi rescate , me dareis un recibo y un salvoconducto.

—Y vos me entregareis ahora mismo los trescientos mil escudos.

—Imposible; ya comprendéis que no es fácil el traer consigo tan enorme suma; pero no hay entre vosotros algun judio que conozca el valor de los diamantes?

—Oh! sí; yo mismo, señor, respondió Caverley.

—Está bien; acércate Mothril, dijo el Rey; has entendido?...

—Sí señor, respondió Mothril, sacando de un ancho pantalon una larga bolsa, á traves de la cual se veian brillar esos rayos maravillosos que á las piedras preciosas han prestado los astros.

—Preparad el recibo, dijo don Pedro.

—Ya lo está, contestó el capitán; falta únicamente poner la cantidad.

—Y el salvo-conducto?

—Va á continuacion firmado; me precio de ser zeloso servidor de vuestra Alteza, para hacerle esperar.

Una sonrisa convulsiva asomó á los labios del Rey, el cual aproximándose á la mesa leyó:

«Yo el abajo firmado, Hugo de Caverley, gefe de los aventureros ingleses...

—D. Pedro cesó de leer iluminado por una idea repentina.

Os llamais Hugo de Caverley? preguntó á este.

—Sí, respondió el gefe sorprendido de la espresion de gozo que se notaba en el semblante del Rey, cuya causa en vano procuraba adivinar.

—Y sois vos el gefe de los aventureros ingleses? continuó don Pedro.

—Sin duda.

—Entonces esperad un instante, dijo el Rey; Mothrill, volved á guardar esos diamantes en la bolsa, y la bolsa en vuestro bolsillo.

—Por qué?

—Porque soy yo el que ha de dar

órdenes aquí, en lugar de recibirlas, exclamó don Pedro, sacando del pecho un pergamino.

—Órdenes! dijo Caverley con altanería: tened presente, Rey de Castilla, que no hay mas que un hombre en el mundo, que tenga derecho de dar órdenes al capitan Hugo de Caverley.

—Y he aquí, repuso don Pedro, la firma de ese hombre al pie de ese pergamino.—Hugo de Caverley en nombre del príncipe negro, os intimo que me obedezcais.

Caverley moviendo la cabeza lanzó al través de la visera de su casco, una mirada al pergamino, que el Rey le mostraba con la mano, y así que reconoció la firma, prorumpió en un grito de rabia, al oír el cual, acudieron presurosos los oficiales que se habian quedado por respeto de la parte afuera de la tienda.

El pergamino, que el prisionero

presentaba al gefe de los aventureros, era efectivamente el salvo-conducto dado por el príncipe Negro á don Pedro, y contenia ademas una orden dirigida á los súbditos ingleses, mandándoles que obedeciesen en todo y por todo al Rey, hasta tanto que el mismo príncipe pudiese venir á tomar el mando del ejército inglés.

—Sino me engaño, creo que voy á salir de aquí mejor librado de lo que tú y yo nos figurábamos: pero tranquilízate mi bravo capitan; yo te indemnizaré como mereces.

—Teneis razon, señor, contestó Hugo con una maliciosa sonrisa, que nadie pudo ver á causa de tener bajada la visera de su casco.—No solamente sois libre sino que aguardo además vuestras órdenes.

—Muy bien! dijo don Pedro; ordenad entonces á Maese Roberto como há poco deseabais, que vaya en busca de mi hermano, el príncipe Enrique de Trastamara, y que lo trai-

gan aquí.

El escribiente dirigió una mirada al capitán, consultándole, y al ver la señal afirmativa, que hizo el caballero Hugo de Caverley, partió apresuradamente.

CAPITULO III.

En el que se halla la continuacion y esplicacion del precedente.

Digamos ahora algo de los acontecimientos que tuvieron lugar despues de las escenas del jardin de Burdeos, y despues de la marcha, ó por mejor decir, de la huida de Agenor.

D. Pedro habia obtenido del príncipe de Gales la proteccion que habia solitado para volver á España, y contando con un refuerzo de gente y de dinero, se puso en camino acompañado de Mothril, y resguar-

dado con un salvo-conduto del príncipe, en virtud del cual podia creerse seguro en medio de los ingleses.

Dirigióse así la pequeña caravana hácia la frontera, en donde el valiente Hugo de Caverley, como queda dicho, habia tendido su inevitable red.

Es muy probable, sin embargo, que á pesar de la vigilancia del gefe y de la destreza de los soldados, merced al exacto conocimiento que tenia del terreno, hubiera podido el Rey don Pedro atravesar el reyno de Aragon, y llegar, sin contratiempo alguno á Castilla la Nueva, á no haber mediado el episodio que vamos á referir.

Una noche, mientras que el Rey y Mothril estudiaban sobre un mapa de España, el camino que debian seguir, se abrieron, sin hacer ruido las cortinillas de la litera y apareció entre ellas la linda Aïssa. Al pronto miró á todos lados, y en seguida fi-

jando la vista en un esclavo que venia inmediato á la litera, le hizo una seña para que se aproximara.

—Esclavo! le preguntó; ¿de qué pais eres?

—He nacido, contestó este, al otro lado del mar, en la costa que mira á Granada, la cual no tiene porque envidiar á esta.

—Y quisieras ver de nuevo á tu pais?

—Ah! sí, contestó el esclavo, exalando un profundo suspiro.

—Pues bien; si tú quieres, mañana mismo puedes conseguir tu libertad.

—Dista mucho de aquí el lago Laoudiah, repuso el esclavo y es muy facil que el fugitivo, se muera de hambre antes de llegar.

—No, porque el fugitivo llevará consigo este collar de perlas, de las cuales basta una para proporcionarle el alimento que necesite en todo el camino.

Y quitándose Aïssa el collar que traia puesto , lo dejó caer en la mano del esclavo.

—Y qué es preciso hacer para conseguir la libertad , y ganar al propio tiempo este collar de perlas ? preguntó el esclavo.

—Ves , le dijo Aïssa , esa linea pardusca que atraviesa el Orizonte? pues bien , es el campamento de los cristianos. ¿Cuánto tiempo necesitas para ir á él?

—Antes que el ruiñón haya acabado sus gorgeos , estaré en él , contestó el esclavo.

—En ese caso , escucha con atencion lo que te voy á decir , y procura gravar en tu memoria mis palabras.

El esclavo escuchaba con tal avidez , que parecia haberse quedado en éxtasis.

—Toma este billete, continuó Aïssa, dirígete al campamento , y cuando hayas llegado á él , preguntarás por

un noble caballero francés á quien llaman el conde de Mauleon , al cual le entregarás en propias manos esta bolsita en que vá el billete , y del que recibirás una propina de cien monedas de oro : anda.

El esclavo tomó la bolsa ocultándola entre su grosero trage , aprovechó la ocasion en que una de las mulas se dirigia á un bosque inmediato , y aparentando ir en su busca para traerla , desapareció en el bosque con la rapidez de una flecha.

La desaparicion del esclavo no fue notada por nadie , á escepcion de Aïssa , la cual le seguia con la vista llena de temor y sobresalto , hasta que desapareció del todo.

Todo sucedió conforme lo habia previsto la jóven mora. El esclavo encontró en breve al otro extremo del bosque una de aquellas aves de rapiña con las uñas de acero , morrion acabado en punta , y plumage de mallas de hierro que se

habia encaramado sobre una roca, para poder ver desde mas léjos.

Al salir el esclavo del bosque, fué observado por el centinela el cual le apuntaba con su ballesta.

Esto era lo que deseaba el fugitivo: hizole seña de que queria hablarle: el centinela se aproximó sin perder la puntería, y el esclavo le dijo entonces, que iba al campamento de los cristianos, y le rogó que lo condujese á presencia del conde Mauleon.

Este nombre, cuya importancia exageraba Aïssa, era sin embargo bastante conocido entre los aventureros, á causa del valor que habia manifestado Agenor cuando cayó prisionero, y sobre todo porque se sabia que á él era debida la cooperacion del condestable.

El soldado dió un grito de señal, afianzó al esclavo por la muñeca y lo condujo hasta el segundo centinela, que estaba situado á doscientos

pasos del primero : este á su vez llevó al esclavo al tercer puesto de avanzada, detras del cual, y como la araña en medio de su tela, tenia su tienda el señor Caverley.

Habiendo comprendido este por la agitacion de sus soldados y por cierto rumor que llegaba á su oidos , que sucedia alguna cosa extraordinaria, apareció á la entrada de su tienda.

Cuando el esclavo se halló en presencia del gefe , pronunció el nombre de Agenor , el cual le habia servido hasta entonces de salvo-conducto.

—De parte de quién vienes ? dijo Caverley, procurando evitar explicacion.

—¿ Sois vos el señor de Mauleon ? preguntó el esclavo.

—Soy uno de sus mejores amigos, respondió Caverley.

—No es lo mismo , repuso el esclavo ; tengo orden de no entregar la cartera de que soy portador , si-

no al señor conde en persona.

—Escucha, dijo Caverley; el señor de Mauleon es todo un caballero cristiano, que tiene gran número de enemigos entre los moros, los cuales han jurado asesinarle; por consecuencia hemos jurado no permitir que nadie se le acerque, sino sabemos antes el asunto, para el cual solicita hablarle el mensajero.

—Está muy bien! dijo el esclavo, creyendo que el capitán hablaba de buena fe, y viendo por otra parte que toda resistencia seria inútil. Soy un mensajero de Aïssa.

—Y quién es esa Aïssa? preguntó Caverley.

—La hija del señor Mothril.

—Ah! ah! exclamó el capitán; ¿del consejero del Rey don Pedro?

—Justamente.

—Ya ves que la cosa envuelve algún misterio, y sin duda ese mensaje contiene algo de magia.

—Pues Aïssa no es ninguna he-

chicera , dijo el esclavo moviendo la cabeza.

—No importa ; quiero enterarme del mensaje.

El esclavo lanzó una mirada en torno suyo , para ver si le seria fácil emprender la fuga , pero ya se habia formado en torno suyo un gran cerco de aventureros ; entonces sacó del pecho la bolsa de Aïssa y la entregó al capitan.

Leed , le dijo , porque probablemente encontrareis alguna cosa que ataña á mi persona.

La conciencia de Caverley no tenia necesidad de esta invitacion ; de consiguiente abriendo la bolsa que estaba perfumada con ambar y benjui , sacó de ella un pedazo cuadrado de seda blanca , sobre la cual , y valiéndose de una tinta espesa , habia escrito Aïssa en idioma castellano las siguientes palabras.

« Querido señor : te escribo en cumplimiento de mi promesa ; el Rey don

Pedro y mi padre , me acompañan y estamos prontos á pasar el destiladero para entrar en Aragon ; esto te proporciona la ocasion de asegurar tu gloria , y nuestra eterna dicha. Hazlos prisioneros al mismo tiempo que á mí , pues quiero ser tu dulce cautiva Si te pluguiere imponer un precio á su rescate, puedes hacerlo seguro de que quedará satisfecha tu ambicion porque son bastante ricos: si prefieres la gloria al dinero , y les concedes la libertad gratuitamente , no dudes que á fuer de nobles caballeros, se harán lenguas de tu generosidad , y la publicarán por todo el ámbito de la tierra: pero en todo caso consérvame en tu compañía , querido mio: traigo conmigo un cofrecito de rubíes y esmeraldas dignas por su valor de ostentar su brillo en la corona de una Reyna.

«Procura gravar en la memoria lo que voy á decirte. Esta noche nos ponemos en marcha; sítuete en el des-

gladero, de modo que no podamos pasar por él sin ser vistos; nuestra escolta es insignificante en la actualidad, pero puede aumentarse de un momento á otro con seiscientos hombres, que el Rey aguardaba en Burdeos, y que no han podido incorporarse á nosotros á causa de la rapidez con que caminamos.

«Hé aquí la manera, querido mío, de que Aïssa te pertenezca de un modo que nadie te la pueda arrebatarse, porque la habrás adquirido por derecho de conquista.

«He prometido al esclavo, portador de esta carta, que le concederías la libertad, y le entregarías cien monedas de oro; no dejes por lo tanto de cumplirle mi promesa.

Tu Aïssa."

—Oh! oh! pensó Caverley, mientras que la emocion le habia originado un sudor copioso y ardiente; ¡un Rey!... Qué diablo he hecho yo á la

fortuna , para que de algun tiempo á esta parte me envíe semejantes dones? ¡Un Rey!... ¡Voto al diablo! que esto merece la pena que despliegue uno todos sus recursos ! Pero antes desembaracémonos de este imbécil.

—Con que el señor de Mauleon va á concederte la libertad ? le preguntó.

—Sí , mi capitan ; y además cien monedas de oro.

Hugo de Caverley no creyó conveniente darse por entendido de la última parte de la peticion del esclavo, y sin contestarle llamó á su escudero:

—Hola ! le dijo ; monta á caballo ; conduce á este hombre hasta dos leguas lo menos del campamento , y déjalo allí. Si te pidiere algun dinero , y tú lo tuvieres de sobra dáse-lo si quieres ; pero te prevengo que eso lo consideraré como una mera liberalidad tuya. Ya puedes marcharte , amigo mio , continuó dirigién-

dose al esclavo; has cumplido tu comision , puesto que has encontrado en mi al caballero Agenor de Mauleon.

El esclavo se inclinó.

—Y las cien monedas de oro ? preguntó.

—Ahí tienes mi tesorero, que va encargado de dártelas , dijo Hugo de Caverley señalando á su escudero,

El esclavo siguió, lleno de regocijo, al conductor que se le habia designado.

No bien se hallaria á doscientos pasos de la tienda, cuando poniéndose el capitan á la cabeza de un destacamento se dirigió á la montaña y no desdeñándose de descender á tareas propias de subalternos, colocó el mismo los centinelas para que nadie pudiese atravesar el desfiladero, sin ser notado de ellos; y despues de recomendarles que no cometiesen ninguna violencia con los prisioneros, regresó á su tienda , en donde le he-

mos visto esperar el resultado de su combinacion, que salió enteramente conforme á sus deseos.

Impaciente el Rey por continuar su mercha, y no queriendo dilatarla por mas tiempo, se puso en camino y á poco se vió envuelto en el desfiladero, con gran satisfaccion de Aïssa, que estaba persuadida de que era Agenor, quien habia dado este golpe. Por lo demás, fueron tan acertadas las medidas que tomó Caverley, que ninguno de los soldados de don Pedro pudo hacer el mas leve movimiento para defender á su señor.

Aïssa que esperaba ver á Mauleon al frente de los aprehensores, principió á sentir alguna inquietud por la ausencia de éste; pero habiéndole ocurrido la idea, de que su amante obraria así por prudencia, y viendo por otra parte que todo iba sucediendo conforme á sus deseos, tardó muy poco en tranquilizarse.

Ahora no deberá sorprendernos que el capitán reconociese con tanta facilidad á don Pedro.

Por lo que hace á Mothril y Aïssa, cuya historia adivinó Caverley con su asombrosa perspicacia, no dejó de inquietarlo algo la ira que concebiría Agenor por aquel abuso de confianza; mas en breve se tranquilizó reflexionando que podía achacar lo sucedido á traición por parte del esclavo, y que aquel mismo abuso podía servirle de título al reconocimiento de Mauleon; pues á la vez que pensaba exigir su rescate al Rey y á Mothril, pensaba entregar la mora á Agenor sin interés alguno; y esta era una generosidad de que él mismo se aplaudía como de una innovacion.

Pero ya hemos visto cómo el salvo-conducto del príncipe de Gales, exhibido por don Pedro, vino á cambiar la faz de este asunto, y á echar por tierra los combinados planes de

Caverley.

Don Pedro despues que Roberto salió de la tienda , se ocupaba en contar al gefe de los aventureros el resultado del pacto concluido en Burdeos , cuando de repente sintieron ambos un gran ruido producido por un tropel de caballos , y por el estruendo que formaban al chocar unas con otras las espadas y armaduras de los ginetes.

Alzóse en seguida la cortina que cerraba la entrada de la tienda , y apareció en ella la pálida figura de Enrique de Trastamara , iluminada por un rayo de siniestro gozo.

Agenor de Mauleon , que venia detrás del príncipe , lanzaba miradas en torno suyo como aquel que busca á alguno, hasta que tropezando sus ojos con la litera , se fijaron decididamente en ella.

A la llegada de Enrique , don Pedro dió un paso hácia atrás , y notando al tiempo de requerir su espa-

da, que esta no pendia de su cinturon, siguió retrocediendo , hasta que, tropezando con uno de los postes de la tienda en el cual habia una panoplia completa , sintió en sus manos el frio contacto de una hacha de armas.

Entrambos hermanos , observáronse en silencio por espacio de algunos segundos , y se lanzaban recíprocamente unas miradas tan amenazadoras , que se asemejaban mucho á los relámpagos que preceden á una fuerte tempestad.

Enrique fue el primero que rompió el silencio.

—Creo , dijo sonriendo con ferocidad , que esta guerra ha terminado antes de principiarse.

—Ah ! ¿lo creeis así, contestó don Pedro con una entonacion sarcástica y amenazadora.

—Y tanto , respondió Enrique, que no puedo menos de rogar al caballero Hugo de Caverley, que se

digne fijar el precio de la importante captura que acaba de hacer: porque aun cuando hubiese asaltado veinte ciudades, y ganado cien batallas, no sería tan acreedor á nuestro reconocimiento, como lo es por el buen éxito de la hazaña que acaba de ejecutar

—Muy lisonjero es para mí, repuso don Pedro jugando con el mango de su hacha, el ser estimado por vos en tan alto precio; por lo tanto no extrañéis que quiera devolveros cortesía por cortesía. Así pues, decidme, don Enrique, ¿si os vieseis en la situacion en que creéis que yo me hallo, en cuánto querriais que fuese apreciada vuestra persona?

—Me parece que todavia se mofa! exclamó don Enrique con un furor tal, que hizo desaparecer el carmin de sus mejillas, como desaparecen los hielos del polo á las primeras sonrisas del sol.

—Veamos como concluye todo esto, murmuró Caverley, dejándose caer sobre un asiento para no perder ningun pormenor de la interesante escena que presenciaba, mas bien como un artista apasionado que como un especulador codicioso.

Enrique se volvió hácia el capitán, y se conoció que iba á contestar á don Pedro.

—Pues bien! sea como lo deseais, dijo, dirigiendo á don Pedro una mirada de odio; amigo Caverley, por ese hombre que fué Rey en otro tiempo, pero en cuya frente no brilla ya el dorado reflejo de la corona, yo te daré bien doscientos mil escudos de oro, ó dos buenas ciudades, como mas te acomode.

—No puedo negar, repuso Caverley, jugueteando con la parte inferior de su casco, y mirando á don Pedro al traves de su visera, que ese ofrecimiento es muy aceptable; pero por otra parte....

Don Pedro respondió á la mirada del capitan con un gesto que queria decir, «mi hermano Enrique es poco generoso ; yo duplicaré la suma.»

—Por otra parte?.... repuso Enrique repitiendo las últimas palabras del gefe de los aventureros. ¿Qué quereis decir , capitan?

Mauleon no pudo ya contener por mas tiempo su curiosidad.

—El capitan quiere decir sin duda , respondió Agenor , que habiendo hecho otros prisioneros juntamente con don Pedro, es muy justo el que tambien se les ponga precio.

—He aquí , á fe mia , lo que se llama leer en el pensamiento de un hombre , exclamó Caverley ; sois un bizarro caballero , señor Mauleon; efectivamente he hecho otros prisioneros , y muy ilustres; mas...

Y una nueva reticencia vino á confirmar la irresolucion de Caverley.

—Se os pagarán á buen precio,

capitan, dijo Mauleon sofocado de impaciencia; ¿pero donde se hallan? En esa litera, sin duda?

Enrique puso la mano sobre el brazo del jóven, y le retuvo con suavidad.

—Acceptais, capitan? dijo en seguida dirigiéndose á Caverley.

—Soy yo quien ha de contestaros, caballero; repuso don Pedro.

—Oh! hacedme el gusto de no echarla de amo aquí, porque ya no sois Rey, y debeis por consiguiente no hablar sino cuando fuereis preguntado, dijo Enrique desdeñosamente.

D. Pedro se sonrió, y volviéndose hacia Caverley:

—Vamos, capitan, decidle que no aceptaís.

Caverley llevó otra vez la mano su visera, y llamando aparte á Agnor, le dijo:

—Amigo mio; entre buenos co-

pañeros como nosotros , no debe ocultarse la verdad ; ¿ no es esto ?

Agenor le miró con sorpresa.

— Pues bien ! continuó el capitán, si quereis creerme , salid por esa puerta pequeña que está á vuestra espalda , y si teneis un buen caballo , metedle espuela y que corra hasta que no pueda mas.

— Nos han vendido ! exclamó Mauleon , inspirado por una idea repentina ; ¡ á las armas ! príncipe , á las armas !

Enrique miró sorprendido á Mauleon , y maquinalmente echó mano al pomo de su espada.

— En nombre del príncipe de Gales , exclamó don Pedro estendiendo la mano con magestuosa dignidad, os requiero á vos , mosen Hugo de Caverley , que arresteis al príncipe Enrique de Trastamara.

Al oir Enrique estas palabras , desenvainó su tizona ; pero Caverley alzándose un momento la visera,

acercó una corneta á sus lábios , y á su sonido , aparecieron en la tienda veinte aventureros , que se precipitaron sobre el príncipe , y le desarmaron.

—Etais obedecido ; dijo Caverley á don Pedro ; ahora , si apreciáis en algo mis consejos , retiraos señor Rey , al punto , porque os respondo , de que van á llover cuchilladas en esta tienda.

—Por qué ? preguntó el Rey.

—Ese francés que acaba de salir por la puerta pequeña , no consentirá dejar á su príncipe prisionero , sin echar abajo algunos brazos , y sin romper algunas cabezas en honor suyo.

D. Pedro se lanzó fuera de la tienda , y vió á Agenor , que ponía el pie en el estribo , sin duda para ir á pedir auxilios : entonces echó mano de una ballesta , y apuntó al caballero.

—Bueno ! dijo ; David mató á Go-

liat con una piedra ; bueno seria que Goliath no matase á David con una flecha.

—Un momento , Rey de Castilla ; exclamó Caverley ; esperad un momento ; ¡ que diablo ! ¡ apenas acabais de llegar y ya quereis trastornármelo todo ! ¿ Qué dirá el señor condestable si sabe que he consentido en que maten á su amigo ?

Y levantando con el brazo el estremo de la ballesta , en el instante mismo en que don Pedro iba á dispararla , partió , silvando la flecha , sin direccion.

—El condestable ! dijo don Pedro , dando en el suelo una patada ; no merecia la pena de hacerme errar el tiro una consideracion de esa especie. Prepara tu lazo , cazador , y busca modo de que caiga en él ese viejo javalí , y si lo consigues te perdono.

—Ya veo , señor , que hablais por solo hablar. ¡ Cojer al condestable !

¡ahí es nada! Por qué no lo prendéis vos! Válgame Dios! añadió, y que charlatanes son estos españoles.

—Señor Caverley!

—Pardiez! digo la verdad. ¡Cojer al condestable!... Yo no soy curioso, señor, pero á fe de capitán, os digo veria con grande interes como os componiais para hacer esa captura.

—Pues mientras tanto, ya tenemos á uno, dijo don Pedro señalando á Agenor á quien unos soldados habian hecho prisionero, desjarretando á su caballo, en el momento en que iba corriendo á todo escape.

Mientras que Aïssa estuvo en la creencia de que su amante no corria ningun peligro, no se la vió siquiera despegar los labios, y hubiera podido decirse con fundamento al ver su impasibilidad, que los graves intereses que tan acaloradamente se se discutian en torno suyo, no le in-

terresaban ni lo mas mínimo ; pero en el momento mismo en que se presentó Agenor desarmado , y en medio de sus enemigos , apareció entre las cortinas de la litera la encantadora cabeza de la linda jóven , mas pálida que el velo blanco de fina lana , con que se cubren las mugeres del oriente.

Agenor lanzó un grito , Aïssa saltó de la litera y corrió presurosa á arrojarle en los brazos de su amante.

— Oh ! Oh ! exclamó Mothril , frunciendo el ceño.

— ¿ Qué significa esto ? preguntó el Rey.

— Hé aquí la esplicacion que yo temia , murmuró Caverley.

Enrique de Trastamara lanzó una recelosa y sombría mirada sobre Agenor , el cual la comprendió perfectamente.

— Veo que quereis hablarme , dijo el jóven , dirigiéndose á Aïssa , hacedlo , señora , pronto , y en voz al-

ta , porque desde este momento , en que somos vuestros prisioneros , al en que nos quiten la vida , no tendremos probablemente mucho tiempo que perder.

—Nuestros prisioneros , exclamó Aïssa ; no era eso lo que yo queria , querido mio ; sino todo lo contrario.

Caverley sentia una gran turbacion ; este hombre de hierro estaba poco menos que temblando ante la acusacion que iban á fulminar contra él dos infelices jóvenes que se hallaban entre sus manos.

—Y mi carta ? dijo Aïssa á su amante ; ¿ no has recibido mi carta ?

—Qué carta ? preguntó Agenor.

—Basta ! Basta ! dijo Mothril , temiendo que esta escena desbaratase sus proyectos. Capitan , el Rey ordena que conduzcáis al príncipe Enrique de Trastamara al alojamiento de don Pedro , y á este joven al mio.

—Caverley , eres un cobarde ! es=

clamó Agenor, frenético y pugnando por romper las ásperas ligaduras que oprimían sus manos.

—Ya te dije que te pusieras en salvo, y no quisisteis hacerlo, ó lo hicisteis tarde, que viene á ser lo mismo; tú tienes la culpa á fé mia! y por otra parte, dijo el capitan, de que te quejas? No vas á donde pare tu querida?

—Démonos prisa, señores, dijo el Rey, y reunamos un consejo esta noche para juzgar á ese bastardo, que se dice hermano mio; á ese rebelde que pretende llamarse Rey de Castilla. Caverley! Enrique te habia ofrecido dos ciudades; yo soy mas generoso que él; yo te doy una provincia entera. Mothril; haced que avance mi gente; es preciso que antes de una hora nos pongamos á cubierto en algun fuerte castillo.

Mothril se inclinó y salió, pero apenas habria tenido tiempo de andar diez pasos fuera de la tienda, cuando re-

gresando con la mayor precipitacion, hizo con la mano una señal, que en todas las naciones y en todos los idiomas, sirve para ordenar el silencio.

—¿Que hay? preguntó Caverley, con una inquietud mal disimulada.

—Habla, buen Mothril, dijo don Pedro.

—Escuchad; repuso el moro.

Todos los circunstantes se pusieron á escuchar con tan profunda atencion, que por un momento la tienda del gefe presentó el aspecto de una reunion de estátuas.

—Habeis oido? continuó el moro inclinándose cada vez mas hácia la tierra.

En efecto; comenzaba á oirse un ruido semejante al que produce el trueno desde alguna distancia, ó al que produce el galope progresivo de una tropa de ginetes.

—Nuestra señora Guesclin! gritó de repente una voz firme y sonora.

—Ah! ah! el condestable! murmuró Caverley, que conocia el grito de guerra del fiero breton.

—Ah! ah! el condestable! dijo don Pedro frunciendo el ceño, porque aun cuando no lo habia oido jamás, conocia sin embargo este terrible grito.

Los prisioneros cambiaron por su parte una mirada, y asomó á sus labios una sonrisa de esperanza.

Mothril se aproximó á su hija, y estrechó con mas fuerza entre sus brazos, su esbelto y delicado talle.

—Señor Rey, dijo Caverley con aquel acento burlon, que no abandonaba jamás, ni aun en los momentos de mayor peligro; queriais poco ha ir á cojer el javalí; vedle aquí que viene á ahorrarnos ese trabajo.

Don Pedro hizo una señal á su gente de armas, que se formaron detrás de él; Caverley, decidido como estaba á permanecer neutral entre su antiguo compañero y su nuevo gefe,

se retiró á un lado. Una nueva hilera de soldados triplicó el cordon de hierro que encerraba al príncipe y á Mauleon.

—Qué haces , Caverley ? preguntó don Pedro.

—Cederos mi plaza , señor , como á mi Rey y mi gefe , dijo el capitan.

—Bien está, respondió don Pedro; entonces es menester que se me obedezca.

Los caballos hicieron alto , y de allí á un instante se distinguió el ruido de un hombre que se apeaba, junto con el que producía sus armas y su armadura.

Casi al mismo tiempo Beltran Duguesclin se presentó en la tienda.

CAPITULO IV.

El jabali cojido en la trampa.

Detrás del condestable venia Musaron cubierto de polvo de los pies á la cabeza, y mirando con cautela á todas partes, su presencia bastaba para explicar á los concurrentes la repentina y temible llegada de Duguesclin, quien al entrar se levantó la visera de su casco, y con una mirada abarcó todo el conjunto de la tienda del capitan.

Al ver á don Pedro hizo un ligero saludo; al descubrir á Enrique de Trastamara se inclinó respetuosamente, y dirigiéndose á Caverley le tomó la mano.

—Buenos días, capitan, le dijo con calma; parece que hemos hecho una buena presa? Ah! perdonad, M. de Mauleon, no os habia visto.

Estas palabras que parecian indicar una completa ignorancia acerca de lo sucedido, llenaron de asombro á la mayor parte de los circunstantes; pero Beltran sin conmoverse por aquel silencio, continuó:

—Por lo demás, capitan, creo que se guardarán á los prisioneros todas las consideraciones que se merecen por su rango y por su desgracia.

Iba Enrique á responder al condestable, cuando don Pedro se le anticipó.

—Tranquilizaos, señor condestable, dijo; y creed que guardaremos al prisionero todas las consideraciones que prescribe el derecho de gentes.

—Que guardareis!.... dijo Beltran

con una expresion de sorpresa que mejor no hubiera podido fingir el cómico mas hábil ; decis que guardareis !... Hágame su alteza el favor de explicarme eso.

—Es muy fácil , señor condestable , respondió don Pedro ; he dicho que le guardaremos las consideraciones debidas.

Beltran miró á Caverley que permanecia impassible bajo su visera de acero.

—No comprendo , dijo:

—Querido condestable , dijo Enrique levantándose con trabajo de su asiento , porque en la lucha que sostuviera contra los soldados de don Pedro habia sido magullado y atado, querido condestable , el asesino de don Fadrique tiene razon; él es nuestro señor y dueño, y nosotros sus prisioneros merced á una negra é infame traicion.

—Ham! dijo el condestable , dirigiendo en torno suyo una mirada que

hizo perder el color á los mas valientes , decís que ha habido traicion , y ¿ quien ha sido el traidor ?

—Señor condestable , respondió Caverley adelantándose ; la palabra traicion es muy impropia y poco apropósito para aplicarla á lo acontecido ; debiera decirse la fidelidad , y sentaria mejor.

—La fidelidad ! repuso el condestable dando muestras de asombro cada vez mas creciente.

—Sin duda alguna , la fidelidad , continuó Caverley ; porque al fin y al cabo nosotros somos ingleses , no es asi ? y por consiguiente súbditos del príncipe de Gales.

—Es cierto ! pero á qué viene eso ? dijo Beltran , respirando con fuerza y dejando caer sobre el puño de su espada una pesada mano de hierro ; ¿ quien os niega , querido Caverley , que seais súbdito del príncipe de Gales ?

—Entonces señor , como nadie co-

noce mejor que vos las leyes de la disciplina , convendreis en que he debido obedecer á mi príncipe.

—Y he aquí la órden en que asi se lo mandaba , dijo don Pedro alargando el pargamino á Beltran.

—No sé leer , contestó el condestable rechazándolo.

Don Pedro se guardó el pergamino , y Caverley tembló á pesar de toda su valentía.

—Vamos , continuó Duguesclin, ya voy comprendiendo. A lo que parece el capitan Caverley cojió prisionero al Rey don Pedro: este le mostró el salvo-conducto del príncipe de Gales , y al punto Caverley restituyó la libertad á don Pedro.

—Justamente , exclamó Caverley, creyendo que Duguesclin como era tan leal aprobaria su conducta.

—Hasta ahora vamos bien , contestó el condestable. Caverley respiró con mas libertad.

—Pero , continuó Beltran , toda-

via existe una cosa, que no me es fácil comprender.

—Cuál ? preguntó don Pedro con altivez. Vamos, despachaos, señor condestable, porque todas esas preguntas se hacen muy pesadas.

—Al momento concluyo, repuso el condestable con su terrible calma. Pero qué necesidad ha tenido el capitán Caverley de prender á don Enrique ?

A estas palabras y á la actitud que tomó Beltran al pronunciarlas, Morthril creyó que habia llegado el momento de traer un refuerzo de moros y de ingleses al socorro del Rey don Pedro.

Beltran no pestañeó ni se dió por entendido de esta maniobra; antes al contrario dando á su voz mayor calma dijo:

—Aguardo una respuesta.

Don Pedro se encargó de dársela.

—Mucho me llama la atencion, di-

jo , que los caballeros franceses sean tan ignorantes que no sepan que resulta un doble beneficio si al hacerse uno de un amigo puede deshacerse de un enemigo.

—Sois de la misma opinion, *maese* Caverley ? preguntó Beltran fijando en el capitan una mirada cuya serenidad era á la vez una prenda de la fuerza del condestable no menos que un signo de amenaza.

—Es preciso , señor , dijo el capitan ; no hago mas que obedecer.

—Pues á mí , dijo Beltran, me sucede lo contrario ; yo mando. Así, pues , os mando , lo entendeis , os mando que devolvais la libertad á su alteza el príncipe don Enrique de Trastamara , al que estoy mirando custodiado por vuestros soldados, y como tengo mas cortesía que vos, no exigiré que arresteis á don Pedro, aunque para ello tenga derecho , en atencion á que teneis en vuestro bolsillo el dinero con que en cualidad de

dueño y señor he pagado vuestros servicios.

Caverley hizo un movimiento; don Pedro extendió el brazo.

—Silencio , capitan , dijo ; aquí no hay mas que un dueño y ese soy yo: asi , pues , me obedecereis á mi solo , y al punto. Bastardo don Enrique , señor Beltran , y vos conde de Mauleon , sois mis prisioneros.

A estas terribles palabras sucedió un silencio profundo; en seguida á una señal de don Pedro , se adelantaron seis soldados para apoderarse de Duguesclin , como ya lo habian hecho con don Enrique ; pero el buen caballero derribó de un puñetazo al primero que se le acercó , y entonando con su voz fuerte y sonora el grito Ntra. Sra. Guesclin ! desenvainó la espada.

Un instante bastó para que la tienda presentase un espectáculo de confusion inaudita. Agenor, mal cus-

todiado habia tirado á tierra al primer esfuerzo á los dos soldados que lo vigilaban , y se habia puesto de un salto al lado de Beltran ; mientras que Enrique procuraba cortar con sus dientes la cuerda con que estaba atado.

Mothril , don Pedro y los moros formaban un ángulo amenazador.

Aïssa con la cabeza asomada por entre las cortinas de su litera , se habia olvidado de todo el mundo menos de su amante , y gritaba:

—Animo , querido mio ! ánimo !

—Finalmente , Caverley se retiraba , llevando tras sí á sus soldados , á fin de permanecer neutral todo el tiempo que le fuese posible ; pero como nunca las precauciones están de mas , al punto que se vió fuera de la tienda mandó tocar á bota-sillas.

Empeñóse el combate: ya habia empezado á caer sobre los tres caballeros una lluvia de flechas, ba-

las de plomo tiradas con honda , y otras clases de armas arrojadizas, cuando de repente se sintió un grande estruendo , y entraron en la tienda gran número de caballeros , dando golpes furibundos , destrozando y talando , y levantando torbellinos de polvo bajo los pies de sus caballos.

A los gritos que daban , de Guesclin ! Guesclin ! no era difícil reconocer á los bretones mandados por el tartamudo de Vilasines , el inseparable amigo de Beltran , el cual le habia apostado en las barreras del campamento mandándole que no cargase hasta que oyese el grito de Ntra. Sra. Guesclin !

Siguióse á la llegada de los bretones un momento de confusion tan extraña , que era imposible distinguir á los amigos de los enemigos , hallándose todos mezclados, revueltos , apiñados en aquella tienda , destrozada , abierta , derribada por tierra ; á poco

se disipó aquella nube de polvo; y á los primeros rayos del sol que se elevaba detrás de las montañas de Castilla, se vió á los bretones dueños del campo de batalla. Don Pedro, Mothríl, Aïssa y los moros habian desaparecido como una vision. Veíase el suelo cubierto de muertos y heridos como para dar testimonio de que los bretones no habian tenido que habérselas con un ejército de fantasmas.

Agenor fue el primero que notó la desaparicion de sus contrarios, y montando sobre el primer caballo que halló á las manos, sin siquiera reparar que estaba herido, subió á una colina, que dominaba la llanura, y desde la cual vió á lo lejos cinco caballos árabes que iban á internarse en el bosque; tambien reconoció á través de la azulada atmósfera de la mañana el trage de lana y el flotante velo de Aïssa; entonces sin reparar si le seguian ó no

impulsado por un insensato movimiento de esperanza , metió espuelas al caballo ; mas á los diez pasos cayó éste para no volverse á levantar.

Volvió el jóven junto á la litera y la vió desierta: solo halló en ella un ramo de rosas , rociadas de lágrimas.

A la estremidad de las líneas del campamento se hallaba formada toda la caballeria inglesa aguardando solo una señal de Caverley , para obrar. El capitan habia formado con tanta habilidad á los aventureros que tenían encerrados á los bretones en un círculo.

Beltran , conoció al primer golpe de vista que aquella maniobra tenia por objeto el cortarle la retirada.

Caverley se adelantó.

—Caballero Beltran , le dijo ; para probaros que somos unos compañeros leales , vamos á abriros nuestras filas

á fin de que podais volver á vuestro cuartel general. Esto os dará á conocer que los ingleses son fieles á su palabra, y que profesan el mayor respeto á la caballeria del Rey de Francia.

Mientras tanto, Beltran silencioso y tranquilo como si nada hubiese pasado, habia vuelto á montar á caballo y tomando su lanza de manos de su escudero.

Miró en torno suyo y vió que Agenor habia hecho otro tanto.

Todos sus bretones se hallaban formados en buen orden y prontos á cargar.

—Señor inglés, le dijo, sois un tunante, y si pudiera os mandaria ahorcar en ese castaño que veis ahí.

—Ah! ah! señor condestable, cuidado con lo que decís. Vais á obligarme á que os haga prisionero en nombre del príncipe de Gales.

—Bah! dijo Duguesclin.

Caverley comprendió cuan ame-

razadora era la burlesca entonacion del condestable, y volviéndose á sus soldados les dijo:

—Estrechad las filas!

Los ingleses obedecieron y presentaron á los bretones una muralla de hierro.

—Hijos míos! dijo Beltran á sus valientes; se acerca la hora del desayuno; nuestras tiendas están allí; volvamos á ellas.

Y picando espuelas á su caballo, partió con tal rapidez que apenas tuvo tiempo Caverley de hacerse á un lado para dejar pasar aquel huracan de hierro, que se adelantaba sobre él.

Efectivamente, detras de Beltran se habian precipitado con la misma fuerza los bretones conducidos por Agenor. Enrique de Trastamara, habia sido colocado, casi á pesar suyo en el centro de aquel corto número de ginetes.

En aquel tiempo un hombre va-

lía á veces mas que veinte por el manejo y conocimiento de las armas y la fuerza material. Beltran dirigió su lanza contra el primer inglés que tenia al frente y lo arrancó de la silla. A este golpe se siguió un grande estruendo de lanzas quebradas, de ayes y gritos de los heridos, de golpes sordos dados por masas de hierro y de relinchos de los caballos que se estropeaban al chocar unos con otros.

Cuando Caverley se volvió vió en sus filas abierta una salida bastante espaciosa, y un rostro sangriento, y á unos quinientos pasos de allí á los bretones galopando en el mejor orden del mundo.

Y eso que me habia prometido, dijo para sí, no arriesgarme contra esos brutos! Vayan al diablo las fanfarronadas y los fanfarrones! Esta calaverada me cuesta lo menos doce caballos y cuatro hombres; sin contar, oh! desgraciado de mí! un res-

cate de P. rey. Vamos , caballeros , levantemos el campo. Desde este instante somos castellanos ; cambiemos la bandera.

Y el aventurero levantó aquel mismo día el campo y se puso en marcha para reunirse á don Pedro.

CAPITULO V.

**La politica del condestable
Beltran Duguesclin.**

Ya habian transcurrido algunas horas desde el regreso de Beltran y el príncipe Enrique á sus tiendas, y todavia estaba Agenor con la vista fija en el sitio por donde habia desaparecido Aïssa.

Acaso llamase tambien algo su atencion y lo tuviese distraido el variado espectáculo que presentaba la actitud de los diferentes perso-

nages de esta historia, porque parecia que la casualidad los habia reunido á todos en el circuito del magnífico paisage que consideraba Agenor.

Sobre la pendiente de una colina, acababa de presentarse la pequeña partida que componian los fugitivos, los cuales habian llegado á ella con una rapidez, que ni el vuelo del águila hubiera aventajado: en este grupo se distinguian tres cosas: el albornoz encarnado de Mothril, el blanco velo de Aïssa, y la punta de acero del casco de don Pedro, que brillaba herida por los rayos del sol.

En el espacio que se estendia desde el primero al tercer término, se veia á los aventureros de Caverley, que formados en órden de batalla seguian el camino de la montaña: los primeros ginetes empezaban á internarse en el bosque que se estendia á la falda de la montaña.

En el primer término estaba En-

rique de Trastamara dando la espalda á una porcion de gigantescas retamas, y contemplando de vez en cuando con un asombro mezclado de rabia y de dolor, el surco morado que la presion de las cuerdas habia dejado en sus muñecas. Estos vestigios de la espantosa escena que acababa de tener lugar en la tienda de Caverley, bastaban á probarle que dos horas antes tenia aun á don Pedro en su poder, y que por un momento se le habia mostrado propicia la fortuna, para precipitarlo al punto desde la cumbre de una prosperidad prematura, hasta lo mas profundo del abismo sombrío de la incertidumbre y de la debilidad.

Próximos á Enrique, y tendidos sobre la yerba, se hallaban algunos bretones, rendidos de cansancio. Estos valerosos ginetes, máquimas obedientes, superiores solo por el órden de la naturaleza á la bestia de carga y al perro de presa, no se tomaban

el trabajo de reflexionar despues de haber obrado ; y como en esta ocasion habian notado que á diez pasos de ellos estaba Beltran reflexionando por todos , se habian echado sus capas sobre el rostro para librarse de los rayos de sol y dormian á pierna suelta.

El tartamudo de Vilaines y Olivero de Mauni , eran de todos los bretones los únicos que estaban despiertos , y miraban con una atencion profunda y sostenida á los ingleses , cuya vanguardia , como hemos dicho , empezaba á internarse en el bosque , mientras que la retaguardia se ocupaba en quitar las tiendas y cargarlas sobre las mulas que conducian los bagajes: en medio de los trabajadores era fácil distinguir á Caverley , que iba y venia por entre las filas de sus soldados , vigilando por sí propio.

Todos estos hombres desparcidos en el vasto paisage , y los cuales huian

unos hacía el mediodía, otros al oeste, estos al oriente, aquellos al norte, como hormigas espantadas; estaban, sin embargo, ligados los unos á los otros, por un mismo sentimiento; y Dios, único que penetraba en sus corazones, al mirarlos desde el cielo, podía decir, que en todos, á excepcion del de Aïssa, el sentimiento que dominaba á los demás era la venganza.

En breve Mothril, don Pedro y Aïssa desaparecieron en un recodo de la montaña; muy pronto tambien la retaguardia de los ingleses se puso á su vez en marcha, y se internó en el bosque, de suerte que no viendo ya Mauleon á Aïssa, ni el Tartamudo de Vilaines y Olivero de Manuy á Caverley, se aproximaron á Beltran, que acababa de salir de su meditacion, para acercarse á Enrique, que continuaba sumido en la suya.

Beltran se sonrió al ver á los tres

jóvenes ; y levantándose con algun trabajo á causa de las juntas de su armadura , del peñasco en que estaba sentado , se dirigió á donde se hallaba don Enrique.

El ruido de sus pasos , agravados por el peso de la armadura , conmovia la tierra , y sin embargo, Enrique no se movió.

Beltran continuó adelantándose, de suerte que su cuerpo interpuesto entre el sol y el príncipe , quitase á este el dulce consuelo del calor del cielo , que es tan precioso como la vida , sobre todo cuando se pierde.

Enrique alzó entonces la cabeza para reclamar su parte de sol, y vió al buen condestable apoyado en su larga tizona , y con la visera medio levantada.

—Ah ! condestable ! dijo el príncipe moviendo la cabeza ; ¡ qué jornada !

—Bah ! gran señor , contestó Beltran , he visto muchas peores.

El príncipe solo contestó dirijiendo al cielo una mirada como acusándole del mal que habia sufrido.

—Os aseguro por mi fé de caballero, continuó Beltran, que solo me acuerdo de que pudiendo estar á estas horas prisioneros, nos hallamos en entera libertad.

—Ah! condestable, ¿no veis que todo se nos escapa de las manos?

—Y á qué llamais todo?

—Al Rey de Castilla! por Santiago! exclamó don Enrique, con tal entonacion de cólera y de amenaza, que hizo se estremeciesen todos los caballeros que alli cerca se hallaban, y que no podian olvidar que aquel enemigo tan aborrecido era un hermano.

Beltran no se habia adelantado hácia el príncipe con el solo objeto de aproximar la distancia que lo separaba de él; su intencion era otra, pues, en efecto, acababa de sorprender en todos los semblantes

una expresion de cansancio muy parecida á un principio de desaliento.

Hizo seña al príncipe de que se sentase ; y don Enrique comprendiendo que Beltran iba á entablar alguna conversacion de importancia, se acostó sobre la yerva.

Beltran se inclinó hácia delante apoyando sus dos manos en el puño de su espada.

—Perdóneme vuestra alteza , dijo, de que distraiga vuestra atencion, pero deseo que nos entendamos sobre un punto

—Sobre cual ? preguntó Enrique, concibiendo alguna inquietud al oir este preámbulo.

Acaba de decir V. A. que el Rey de Castilla se habia escapado.

—Así lo he dicho.

—Pues bien, aquí hay una equivocacion ; y ruego á V. A. se sirva sacar á vuestros fieles servidores de la duda en que vuestras palabras los han sumergido. ¿ Existe , pues,

otro Rey de Castilla que vos ?

Levantó Enrique la cabeza , como el toro que siente la pica del pica-dor.

— Explicaos , querido condestable, le dijo:

— Es cosa fácil. Si ni V. A. ni yo sabemos á qué atenernos sobre este particular , es mas probable que mis bretones y vuestros castellanos no sepan tampoco á qué carta quedarse, y que las demas poblaciones de España, mucho menos instruidas de este asunto que vuestros castellanos y mis bretones , no sepan nunca si deben gritar , viva el Rey don Enrique ó viva el Rey don Pedro.

Enrique prestaba suma atencion á las palabras del condestable , pero sin comprender á donde irian á parar. Sin embargo , como el razonamiento le pareció bastante lógico hizo una señal afirmativa con la cabeza.

— Y qué ? dijo al fin.

— Y qué ? repuso Duguesclin ; que

—Hay dos Reyes , lo cual debe causar una horrorosa confusion , debemos empezar por desembarazarnos de uno.

—Me parece , condestable , que para eso hacemos la guerra , respondió don Enrique.

—Es verdad ; pero hasta la presente no hemos ganado ninguna de esas grandes batallas que derriban bonitamente á un Rey de su trono ; y hasta que llegue ese dia , que decidirá el destino de Castilla y del vuestro , vos mismo ignorais si sois ó no Rey.

—Qué importa eso , si yo quiero serlo.

—Entonces , á qué aguardais ?

—Pero , mi querido condestable , no soy yo , para vos , el único , el verdadero Rey.

—Eso no basta ; es preciso que lo seais tambien para todo el mundo.

—He ahí lo que me parece imposible , á menos de que no ganemos una

batalla , ó nos proclame un ejército ó conquistemos alguna ciudad de importancia.

—Pues bien ! justamente he pensado en ello , señor.

—Vos !

—Yo mismo , yo. Creeis acaso que porque no haga mas que repartir mandobles y cuchilladas , no pienso ? Desengañaos: no siempre estoy combatiendo , y pienso algunas veces. ¿No habeis dicho que para que todo el mundo sepa que sois Rey se necesita ganar una batalla , ó conquistar una ciudad ; ó ?... .

—Si , al menos , se necesita una de esas cosas.

—Pues bien , hagámonos de ella.

—Muy difícil lo veo , condestable, por no decir imposible.

—Y por qué ?

—Porque temo.

—Ah ! si vos temeis , yo jamás he temido , señor , repuso vivamente el condestable ; y si vos no quereis me-

ter manos á la obra , yo lo haré solo.

— Podemos caer de muy alto, condestable , de tan alto que no nos volvamos á levantar.

— A menos de no caer en el sepulcro, siempre podrá levantarse V. A. con tal que tenga cuatro caballeros bretones á su devocion , y al costado esa brillante espada castellana. Vamos , señor , tened resolucion !

— Oh ! tranquilizaos, condestable; ya vereis como me sobra cuando llegue el caso , contestó Enrique , cuyos ojos se animaron al considerar mas cercana la realizacion de su sueño. Pero todavia no veo la batalla ni el ejército.

— Es verdad ; pero en cambio veis la ciudad.

Enrique miró á su alrededor.

— Dónde consagran á los reyes en este pais ? preguntó Beltran.

— En Burgos.

— En Burgos, que debe estar en es-

tas inmediaciones , segun mis pocos conocimientos geográficos me lo indican ; no es cierto ?

—Sí; todo lo mas que se halla es á unas veinte y cinco leguas de aquí.

—En ese caso , trasládemonos á Burgos.

—A Burgos ! repitió Enrique.

—Sí , á Burgos. Y si V. A. desea poseerla , yo os la daré tan cierto como me llamo Duguesclin.

—Una plaza fuerte ! dijo Enrique moviendo la cabeza en ademan de duda; una capital ! una ciudad , que ademas de la nobleza contiene en su seno una poblacion numerosa y fuerte compuesta de cristianos , de judios y de mahometanos , que si bien estan divididos en tiempos tranquilos , se unen todos cuando se trata de acudir en defensa de sus privilegios! Burgos , que es la llave de Castilla , y que parece haber sido elegida como el santuario mas inespugnable , por

los que depositan en esta ciudad la corona y las insignias reales !

—Pues ahí es donde iremos , si place á V. A. , contestó tranquilamente Duguesclin.

—Amigo mio , le dijo el príncipe , no os dejéis llevar de un sentimiento de afeccion , ni de adhesion exagerada á mi persona. Consultemos nuestras fuerzas

—A caballo ! señor , exclamó Beltran cojiendo la brida del caballo del príncipe , que pacia la yerva ; á caballo ; y marchemos directamente á Burgos.

Al decir estas palabras hizo un ademán , y un corneta de los bretones tocó á llamada. Los que estaban durmiendo fueron los primeros á hallarse á caballo , y Beltran que miraba á sus bretones con la atencion de un gefe y el afecto de un padre , notó que la mayor parte de entre ellos, en vez de rodear al príncipe como tenian de costumbre , mostraban em-

peño en colocarse en torno de su condestable y recocerle por único y verdadero gefe.

—Ya era tiempo, murmuró el condestable al oído de Agenor.

—Tiempo de qué? preguntó este estremeciéndose como un hombre á quien despiertan de repente.

—Tiempo de refrescar la actividad de nuestros soldados, contestó Beltran.

—No es eso del todo malo, en efecto, condestable, contestó el jóven, porque es muy duro para los hombres no saber á donde van, ni quien los manda.

—Sonrióse Beltran: Agenor respondia á su pensamiento, y por consiguiente le daba la razon.

—No creo que hablareis por lo que á vos toca, dijo Beltran, porque siempre os he visto el primero en las marchas y en los combates para sostener el honor de nuestro pais.

—Oh! lo que es yo, no deseo mas

que batirme, y sobre todo marchar; os aseguro que jamás se irá tan de prisa como yo deseo.

Y al decir estas palabras se empujaba en los estribos como si sus miradas quisiesen traspasar las montañas que limitaban el horizonte.

Nada contestó Beltran, contento de haber juzgado bien á todos. En seguida, y antes de emprender su marcha se informó de que el camino mas corto para ir á Burgos era el dirigirse á Calahorra que se halla á una seis leguas de aquella capital.

—Vamos, pues, á Calahorra, dijo el condestable.

Y metiendo espuelas á su caballo, dió ejemplo de ligereza á los demás.

Detrás de él se precipitó con formidable estrépito el escuadron de hierro, en el centro del cual iba Enrique de Trastamara.

CAPITULO V.

El mensajero.

Al segundo dia de marcha el ejército mandado por don Enrique y Duguesclin, y fuerte de unos 10,000 hombres, por habérsele agregado en el camino varios partidos, divisó los muros de la ciudad de Calahorra.

La tentativa que iba á hacerse contra esta ciudad, centinela avanzada de Burgos, era casi decisiva. Efectivamente, si Calahorra cerraba sus puertas á don Enrique, podia decir-

se que desde aquel momento empezaba la guerra , y por el contrario, si lo admitia en su seno podia el príncipe seguir su marcha como en triunfo.

El ejército estaba por lo demás, animado de las mejores disposiciones ; la opinion general era que don Pedro habia ido á incorporarse á un cuerpo de aragoneses y moros que se hallaba al otro lado de las montañas.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas ; la guarnicion sobre las armas y los centinelas con la ballesta á la espalda. Todo se hallaba , sino en estado de amenaza, al menos de defensa.

Duguesclin avanzó con su pequeño ejército hasta tiro de ballesta de los muros: en seguida mandó tocar llamada, y reuniendo á su ejército en torno de sus banderas, pronunció un discurso impregnado de la confianza bretona y de la destreza de un hom-

bre educado en la corte de Carlos V, y concluyó proclamando á don Enrique de Trastamara Rey de Castilla, de Sevilla y de Leon, en lugar de don Pedro, á quien calificó de asesino, de sacrilego y de mal caballero.

Estas solemnes palabras que Beltran pronunció con toda la fuerza de sus pulmones, hicieron brillar diez mil espadas fuera de sus vainas; y bajo el cielo mas hermoso del mundo y á la hora en que el sol iba á ocultarse detrás de las montañas de Navarra, Calahorra presenció el imponente espectáculo de la caída de un trono y del entronizamiento de un nuevo Rey.

Despues de haber hablado Beltran á su ejército se volvió de frente á la ciudad como para saber qué era lo que pensaba de todo aquello.

Aunque los habitantes de Calahorra estaban bien encerrados y tenían repuesto de armas y provisiones, no

vacilaron por largo tiempo.

La actitud del condestable era asaz significativa ; y no menos la de sus soldados que estaban todos con la lanza en ristre. Es probable que los vecinos de Calahorra reflexionasen que el peso de aquella caballería era suficiente á derribar sus murallas , y que seria mas sencillo evitar esta calamidad abriendo las puertas. Asi , pues , respondieron á las aclamaciones del ejército con un grito de entusiasmo de viva don Enrique de Trastámara , Rey de Castilla , de Sevilla y de Leon !

Estas primeras aclamaciones proferidas en idioma castellano conmovieron profundamente á don Enrique , que , levantando la visera de su casco , y adelantándose hácia los muros , gritó:

—Decid viva el buen Rey Enrique ! porque seré tan bueno para Calahorra , que por siempre recordará haber sido la primera en salu-

darme Rey de Castilla !

A estas palabras pareció que los habitantes de la ciudad habían perdido el juicio: abriéronse las puertas como si alguna encantadora las hubiese tocado con su varilla mágica , y una masa compacta formada de hombres, mugeres y niños de todas clases y condiciones , salió por ellas para reunirse á las tropas reales.

En menos de una hora se organizó una de esas fiestas espléndidas, en que la naturaleza sola hace el gasto; todas las flores , todo el vino y toda la miel de este hermoso país; todos los salterios, y dulzainas , la voz de las mugeres , la luz de las hachas el sonido de las campanas, embriagaron de gozo y de placer durante toda la noche al nuevo Rey y á sus compañeros.

Entretanto habia reunido Beltran su consejo compuesto de bretones y les decia:

— Ahí teneis ya al príncipe don Enrique de Trastámara , Rey proclamado , si no consagrado ; ya no no sois sosten de un pretendiente aventurero , y sí de un príncipe que posee tierras feudos y títulos. Apuesto cualquier cosa que Caverley siente á estas horas no hallarse con nosotros.

En seguida , y en medio de la atencion que todos prestaban á sus palabras, no solo porque era su gefe, sino tambien porque era un guerrero tan prudente como valeroso, y tan valeroso como experimentado, desenvolvió todo su sistema, es decir, sus esperanzas , que bien pronto fueron las de todos los que se hallaban allí presentes.

Justamente habia llegado á la conclusion de su discurso cuando vinieron á anunciarle que el príncipe deseaba verle , como tambien á los demas gefes bretones , y que aguardaba á sus fieles aliados en el palacio

del gobernador, que este habia puesto á disposicion de su nuevo soberano.

Beltran no se hizo esperar: pasó á palacio y halló á Enrique sentado sobre un trono: un círculo de oro rodeaba la cimera de su casco, como distintivo de la dignidad real.

—Señor condestable, dijo el príncipe alargando la mano á Duguesclin; vos me habeis hecho Rey, yo os hago conde; vos me dais un Reyno, y yo os ofrezco un dominio; yo me llamo, gracias á vos, Enrique de Trastamara, Rey de Castilla, de Sevilla y de Leon, y vos os llamais, gracias á mi. Beltran Duguesclin, condestable de Francia y conde de Borgia.

Una triple aclamacion de los gefes y de los soldados probó al Rey que acababa de cometer no solo un acto de reconocimiento si no tambien de justicia.

— Por lo que hace á vosotros, nobles capitanes, continuó el Rey, no puedo recompensaros en este momento segun vuestros méritos lo exigen; pero vuestras futuras conquistas, estendiendo mis estados y aumentando mis riquezas, os harán á vosotros asimismo ricos y poderosos.

Entretanto mandó que se les distribuyese su vajilla de oro y de plata y los arreos de sus caballos y todo lo mas precioso que encerraba el palacio de Calahorra; en seguida nombró gobernador de la provincia al que lo era de la ciudad.

Despues se asomó al balcon, hizo distribuir á los soldados ochenta mil escudos de oro que le quedaban, y enseñándoles los cofres vacios les dijo:

— Os los recomiendo, porque los llenaremos en Burgos.

— A Burgos! gritaron soldados y capitanes.

— A Burgos! repitieron los habi-

tantes , porque aquella noche transcurrida entre fiestas , libaciones y abrazos , era mas que suficiente prueba de la fraternidad que reynaba entre todos , y que la prudencia aconsejaba no se la dejase degenerar en abuso.

Entre todas estas peripecias del gran drama que empezaba á representarse , llegó el dia , que saludó al ejército pronto á partir : en el centro cada compañía castellana y bretona tremolaba la bandera real , y ya iba á romperse la marcha , cuando se oyó un gran ruido en la puerta principal de Calahorra , acompañado de los gritos de la muchedumbre , que aunciaban tenia lugar un acontecimiento de importancia.

Este acontecimiento era la llegada de un mensajero.

Beltran se sonrió ; Enrique se levantó gozoso en extremo.

—Que se le abra paso , dijo el Rey,

La multitud se hizo á un lado ; y en el espacio vacío que acababa de dejar se presentó un hombre de color atezado envuelto en un blanco albornoz , y montado en un brioso caballo árabe.

—Y el príncipe don Enrique ? preguntó.

—El Rey , quereis decir ; contestó Duguesclín.

—Yo no conozco otro Rey que don Pedro , repuso el árabe.

—Este al menos no tergiversa las cosas ; dijo para sí el condestable.

—Está bien, dijo el príncipe; abreviemos. Yo soy al que deseais hablar.

El mensajero se inclinó sin bajarse del caballo.

—De dónde venís ? preguntó don Enrique.

—De Burgos.

—Quién os envia ?

—El Rey don Pedro.

—Está don Pedro en Burgos ! es-

clamó Enrique.

—Si, señor, contestó el mensajero.

Enrique y Beltran cambiaron una mirada.

—¿Y qué desea don Pedro? preguntó Enrique.

—La paz, respondió el árabe.

—Oh! oh! dijo Beltran, en quien la honradez ejercia mayor imperio que cualquier otro interés; buena noticia es esa!

Enrique frunció el ceño.

Agenor se estremeció de gozo, porque con la paz quedaba en libertad para ver á Aïssa.

—Y con qué condiciones nos otorga esa paz? preguntó Enrique con un tono de voz ágrio y seco.

—Luego que el Rey, mi señor, sepa que deseais la paz tan sinceramente como S. A., manifestará sus condiciones, que por cierto no serán exageradas.

Entretanto Beltran habia reflexio-

ado en la mision que habia recibido del Rey Carlos V, mision de venganza respecto de don Pedro, y de estermio tocante á las grandes compañías.

—V. A. no puede aceptar la paz, dijo á Enrique, antes de haber alcanzado muchas ventajas, que obliguen á don Pedro á hacerla con condiciones satisfactorias.

—Asi lo creia yo tambien, respondió Enrique, pero aguardaba oir vuestro parecer.

—¿Qué debo decir al Rey? preguntó el mensajero.

—Responded por mí, conde de Borgia, dijo el Rey.

—Sea como lo manda V. A., respondió Beltran inclinándose. Y dirigiéndose al mensajero le dijo:

—Sr. heraldo, volved con vuestro dueño, y decidle que trataremos de la paz cuando estemos en Burgos.

—En Burgss! exclamó el enviado

con un acento que revelaba mas temor que sorpresa.

—Sí, en Burgos.

En la misma ciudad en que se halla don Pedro con su ejército!

—Justamente, contestó el condestable.

—Es esa vnestra opinion, señor? repuso el heraldo dirigiéndose á Enrique de Trastamara.

El príncipe hizo una señal afirmativa.

—Dios os conserve en su santa guardia! dijo el heraldo, cubriéndose la cabeza con el albornoz.

En seguida saludando al príncipe con una inclinacion, como lo habia hecho al llegar, se retiró al paso atravesando por medio de la multitud que, engañada en sus esperanzas permanecía muda é inmóvil.

—Id algo mas aprisa, le gritó Beltran, sino quereis que lleguemos antes que vos.

Pero el moro, sin volver la ca-

beza y sin darse al parecer por entendido de aquellas palabras que iban dirigidas á él, dejó pasar insensiblemente su caballo de un paso moderado á otro mas rápido y despues á otro tan ligero y precipitado, que ya se le habia perdido de vista desde lo alto de las murallas cuando la vanguardia del ejercito salió de Calahorra con direccion á Burgos.

Hay ciertas noticias que atraviesan los aires como los átomos que se lleva el viento: son como un soplo, como el olor, como un rayo de luz: se anuncian, se advierten y deslumbrian á la misma distancia que el relámpago. Nadie puede explicar el fenómeno, de como se adivina lo que pasa á veinte leguas de distancia; y sin embargo este hecho que señalamos ha pasado al estado de certidumbre. Acaso llegue un dia en que la ciencia no se desdeñe explicarnos este problema, despues que lo haya profundizado, y tratará de

axioma lo que hoy dia llamamos un misterio de la organizacion humana.

Lo cierto es que casi á la misma hora en que don Enrique entraba en Calahorra se supo en Burgos su proclamacion. Haria solo un cuarto de hora que don Pedro habia entrado en esta capital.

¿Qué águila al pasar por encima de Burgos habia dejado caer de sus garras semejante nueva? Nadie puede decirle, pero bastaron pocos instantes para que todos quedasen convencidos de su certeza.

El único que dudaba era don Pedro, pero Mothril lo atrajo á ser de la opinion de todo el mundo.

— Bueno, decia don Pedro; aun suponiendo que ese bastardo haya entrado en Calahorra, no es probable que haya sido proclamado Rey.

— Si no lo fue ayer, dijo Mothril, es seguro que lo será hoy.

— Entónces marchemos contra él, y hagámosle la guerra.

—No tal! quedémonos donde estamos, y procuremos hacer la paz.

—La paz!

—Sí, y hasta debeis comprarla sino hay otro remedio.

—Desdichado! exclamó don Pedro colérico.

—Me parece, señor, dijo Mothril encogiéndose de hombros, que el prometer nada cuesta, y á V. A. menos que á nadie.

—Ah! ah! dijo don Pedro que empezaba á comprender.

—Sin duda, continuó Mothril; qué quiere don Enrique? un trono? hágaselo V. A. de la forma que mas sea de su agrado que despues no faltarán medios para precipitarlo de él. Si le haceis Rey no desconfiará del que le ponga la corona en la cabeza. ¿Es acaso muy ventajoso para V. A. el tener un enemigo, que rápido como el rayo pueda caer sobre cualquier punto sin saberse cuando ni por donde? Señalad á don En-

rique un reyno , y fijadle límites que os sean sobrados conocidos y familiares : haced con él lo que se hace con el sollo , á quien se dá en aparien-
cia todo un vivero con mil guaridas ,
habiendo la certeza de encontrarle
cuando se quiera en aquella ensenada
preparada para él. Buscadle en todo
el mar!

—Es verdad , dijo don Pedro ,
que cada vez oia con mas aten-
cion.

—Si os pide á Leon , continuó
Mothril , dádselo; no bien se lo ha-
yais dado , es muy natural que ven-
ga á daros las gracias , y entonces
lo tendreis á vuestro lado , á vues-
tra mesa , al alcance de vuestro bra-
zo : es seguro que mientras esteis en
guerra no os proporcionará la for-
tuna la ocasion de que lo tengais en
vuestro poder , un dia , una hora ,
diez minutos. Dícese que está en Ca-
lahorra ; pues bien , dadle todo el
terreno que se estiende entre Cala-

horra y Burgos ; y así estareis mas cerca de él.

Don Pedro comprendió toda la intencion de Mothril.

—Sí, dijo pensativo ; así traje á mi lado á don Fadrique.

—Ah ! exclamó Mothril ; temí en verdad , que V. A. hubiese perdido la memoria.

—Está bien ! dijo don Pedro dejando caer su mano sobre el hombro de Mothril , está bien , fiel servidor !

En seguida expidió el Rey á don Enrique uno de esos moros infatigables que miden las jornadas por las treintas leguas que corren sus caballos.

—No parecia dudoso á Mothril que Enrique aceptase aunque fuese solo con la esperanza de quitar á don Pedro la segunda parte del imperio despues de haber aceptado la primera ; pero echaba las cuentas sin el condestable. Por esto cuando volvió el men-

sagero con la noticia de que el príncipe no aceptaba , por lo pronto , la paz , don Pedro y sus consejeros quedaron consternados , porque como todavía no habian querido creer la eleccion del pretendiente , cuando ya no les quedaba duda de ella exageraban sus consecuencias.

Sin embargo , don Pedro tenia un ejército ; pero ya se sabe que un ejército pierde mucho de su valor cuando está á la defensiva , y es sitiado : tambien tenia á Burgos ¿pero quién podia responder de su fidelidad?

Mothril no disimuló á don Pedro que los habitantes de Burgos eran tenidos por muy aficionados á novedades.

—Quemaremos la ciudad , dijo don Pedro.

Mothril movió la cabeza.

—No es Burgos , dijo , una de esas ciudades que se dejan quemar impunemente. En primer lugar está po-

blada de cristianos que aborrecen á los moros , y estos son vuestros amigos ; luego no faltan musulmanes que detestan á los judíos , y los judíos son vuestros tesoreros , y finalmente , tambien contiene algunos judios que odian á los cristianos , y en vuestro ejército hay gran número de estos. Ahora estos se hacen la guerra entre sí , en lugar de hacérsela á don Enrique , y si este se presenta , debeis creer que cada uno de estos tres partidos entregará los otros dos al pretendiente. Buscad un pretexto para dejar á Burgos , señor , y os aconsejo que esto lo verifiqueis antes de que se publique la nueva eleccion de don Enrique.

— Pero si dejo á Burgos , no conoces que pierdo esta ciudad de tanta importancia ? dijo don Pedro vacilando.

— No ; cuando volvamos á sitiar á don Enrique le hallaremos en la posicion en que nosotros nos halla-

mos ; y puesto que V. A. conoce que la ventaja está ahora de su parte, entonces estará de la nuestra. Vamos , señor , salgamos de Burgos.

—Huir ! exclamó don Pedro en ademán de amenazar al cielo.

—No huye el que vuelve , señor , repuso Mothril.

No se determinaba don Pedro á abrazar este partido , y todavía vacilaba entre quedarse en Burgos ó huir , cuando notó un grande movimiento en la ciudad , en las puertas, y en las plazas; reunirse en todas partes grupos numerosos que se hablaban en voz baja y misteriosamente ; y don Pedro oyó á uno que decía:

—El Rey don Enrique !

—Mothril , dijo don Pedro ; tenias razon. A mi vez creo que es tiempo de partir.

Dos minutos , despues , salia don Pedro de Burgos, en el momento mis-

mo en que por las cumbres de las
montañas de Asturias aparecian las
banderas de don Enrique de Trasta-
mara.

CAPITULO VII.

La Consagracion.

Los habitantes de Burgos que temblaban á la idea de hallarse entre ambos competidores , y que en este caso se veian destinados á pagar los gastos de la guerra , no bien conocieron la retirada de don Pedro , y apercibieron los estandartes de don Enrique , cuando al instante , por un cambio fácil de comprender , se declararon los mas acérrimos partidarios del nuevo Rey.

Cualquiera que en las guerras civiles muestra alguna inferioridad, aunque sea pasagera, está seguro de caer de un solo golpe algunos grados mas bajo que lo que merece por su misma inferioridad: la guerra civil no es solamente un conflicto de intereses, sí que tambien una lucha de amor propio. Retroceder en este caso es perderse. Así, pues, habia sentido muy mal á los cristianos de Burgos que don Pedro siguiese el consejo que le diera Mothril, por mas que fuese puesto en razon.

Por lo que hace á la parte de poblacion compuesta de moros y judios, no tardó en reunirse á la cristiana para proclamar á don Enrique, Rey de Castilla, de Sevilla y de Leon: llevábale á ello la esperanza de ganar alguna cosa en el cambio.

En vista de lo espuesto, demás está decir que don Enrique fue recibido con aclamaciones unánimes. El

Obispo de Burgos lo condujo á su palacio , que acababa de abandonar don Pedro.

Duguesclin acuarteló á sus bretones dentro del mismo Burgos y acampó en los alrededores de la ciudad á las compañías francesas é italianas que habian permanecido fieles á sus compromisos , cuando las abandonaron los ingleses. De esta suerte velaba por la tranquilidad de la ciudad sin incomodarla: por otra parte, habia establecido en las tropas una disciplina muy severa ; y el robo por ínfimo que fuese era castigado con pena de muerte, si los delincuentes eran bretones , y con un número determinado de palos si aquellos pertenecian á las compañías. Comprendia que debia guardar las mayores consideraciones á una ciudad que se habia entregado voluntariamente , á fin de que no se arrepintiese de lo hecho ; y que importaba mucho que reputasen á los soldados como pro-

pios , y no como unos extraños que habian venido á perjudicarlos.

Ahora , señor , dije á Enrique; me parece que debemos pensar en la ceremonia de la consagracion. Para el efecto soy de parecer que V. A. mande venir de Aragon, donde aguarda con impaciencia noticias vuestras á la princesa vuestra esposa, para que sea coronada al mismo tiempo que V. A. En Francia he observado que nada causa en las ceremonias mayor efecto que la presencia de las mugeres y los trages de oro y plata. Ademas, muchas personas que no están muy dispuestas á vuestro favor , y que sin embargo no desean otra cosa que volver la espalda á vuestro hermano , concebirán un ardiente entusiasmo por la nueva Reyna , tanto mas , si como se dice , es una de las princesas mas graciosas y lindas de toda la cristianidad. Esto sin contar , añadió el buen condestable , que es un punto acer-

ca del cual no podrá vuestro hermano competir con V. A. puesto que ha matado á su esposa , y cuando todos vean que V. A. , trata á Juana de Castilla como debe hacerlo un buen marido , cada cual le preguntará á él , qué es lo que ha hecho de Blanca de Borbon.

El Rey se sonrió á estas palabras, cuya lógica no podia desconocer ; por otra parte, á la vez que satisfacian su espíritu lisongeaban su orgullo y su mania de ostentacion. Así , pues , se dió la orden para que la Reyna viniese á Burgos.

Mientras tanto llegaba , se trabajaba en adornar la ciudad: las paredes de los edificios se cubrian de colgaduras y guirnaldas de flores , y las piedras de las calles desaparecian bajo una fresca alfombra de verde. Atraidos por la pompa del prometido espectáculo , acudian de todas partes un sinnúmero de castellanos sin armas , alegres , indecisos tal vez

sobre el partido que debían tomar, pero aguardando para adoptar una resolución definitiva, el efecto que produciría en ellos el esplendor de la ceremonia y la munificencia del nuevo Rey.

El día de la llegada de la Reyna, púsose Duguesclin al frente de sus bretones, y salió á recibirla á distancia de una legua de la ciudad.

La princesa Juana de Castilla era una muger hermosa, y aquel día realizaba su belleza la esplendidez de su trage y su tren verdaderamente real. Según dice la crónica de aquellos tiempos, iba la Reyna en un carro cubierto con paños de oro, y adornado de piedras preciosas. Acompañábanla las tres hermanas del Rey, y sus damas de honor iban en carruages casi tan magníficos como el de la Reyna.

En torno de estas brillantes literas, se veía una nube de pages cuyos trages de seda y bordados de oro

y pedrería deslumbraba la vista ; cabalgaban sobre briosos caballos de Andalucía , cuya raza cruzada con la de los caballos árabes , producía caballos tan ligeros como el viento y orgullosos como los mismos castellanos.

Brillaba el sol sobre aquel brillante cortejo , fijando al mismo tiempo sus rayos de fuego en los vidrios de la catedral , y calentando el vapor del incienso del Egipto , que ardía en incensarios de oro.

Mezclados con los cristianos que se apiñaban en el camino por donde debía venir la Reyna , se veía á los moros adornados con sus mas lujosos castanes , y admirando aquellas mugeres tan bellas y de aspecto tan noble , cuyos ligeros velos flotando al soplo de la brisa , si las defendían de los rayos del sol , no podían hacerlo de las miradas de los que las admiraban.

Al punto que la Reyna vió á Du-

guesclin, que le salia al encuentro, y al que reconoció por su dorada armadura, y por la espada de condestable que llevaba un escudero sobre un cojin de terciopelo azul con flores de lis de oro, mandó parar las blancas mulas que tiraban de su carro, y bajó precipitadamente de él.

Siguiendo su ejemplo, aunque sin saber cuales eran las intenciones de Juana de Castilla, las hermanas del Rey y las damas de su comitiva se bajaron asimismo de sus carruages.

Adelántose la Reyna hácia Duguesclin, quien al verla habia saltado del caballo al suelo. Entonces, dice la crónica, dobló la Reyna el paso y se fue á él con los brazos abiertos.

Duguesclin levantó al punto la visera de su casco. De suerte, que al verle la Reyna, continúa la crónica, con el rostro descubierto, se suspendió á su cuello y lo abrazó como pudiera haberlo hecho una hermana.

—A vos es, exclamó con una emocion tan profunda que le conquistó el corazon de todos los que presenciaban aquella escena, á vos es, ilustre condestable, á quien debo mi corona, honor que estaba muy lejos de esperar mi casa! Gracias, caballero; Dios os recompensará como mereceis; pues yo solo puedo igualar mi reconocimiento á los servicios que nos habeis prestado.

A estas palabras y particularmente á este abrazo real que tanto honraba al buen condestable, se elevó del seno del pueblo y del ejército un grito de asentimiento, grito formidable por el número de voces que tomaron en él parte.

—Gloria al buen condestable! gritaban de todas partes; alegría y prosperidad á la Reyna Juana de Castilla!

Las hermanas del Rey, que eran unas jóvenes malignas y risueñas, no manifestaban tanto entusiasmo.

Miraban á hurtadillas al condestable, y como sin duda distaba mucho la realidad del ideal que se habian formado respecto al buen caballero, cuchicheaban en voz baja.

—Ay, Jesus! y qué cabeza tan gorda tiene el ilustre guerrero!

—Mirad, condesa, que hombros y que espalda tiene! decia la hermana del medio.

—Pues y las piernas! las tiene zambas! decia la mas pequeña.

—Sí, pero ha hecho Rey á nuestro hermano, repuso la mayor, para poner término á esta investigacion tan poco ventajosa para el buen caballero.

Lo cierto es que el ilustre caballero albergaba su alma grande, que tantas y tan nobles cosas le hizo consumir, en un cuerpo poco digno de ella; su enorme cabeza bretona tan llena de buenas ideas, y de generoso teson, hubiera parecido muy vulgar á cualquiera que hubiese tenido

á menos notar el fuego que despedían sus negros ojos , y la armonía de la dulzura y la firmeza unidas en sus facciones.

Verdad es que tenia las piernas arqueadas , pero el buen caballero habia montado tantas veces á caballo por el mayor honor de la Francia, que nadie, sin faltar al reconocimiento , podia censurarle esta curba contraida á fuerza de embutirse en su generoso caballo.

No háy duda que las jóvenes hermanas del Rey habian tenido razon en notar la fealdad de los hombros de Duguesclin; pero de aquellos hombros tan desiguales pendian dos brazos musculosos , que con un solo esfuerzo echaban por tierra en la pelea á caballo y caballero.

La multitud no podia decir: «He ahí un hermoso señor ;» pero decia: «Hé ahí un señor á quien se debe temer.»

Pasado este primer momento de

agradecimiento y efusion , montó la Reyna sobre una blanca mula de Aragon , cubierta de una rica mantilla bordada de oro y con arreos de plata y pedreria , regalo de los mercaderes de Burgos.

Rogó á Duguesclin que caminase á su izquierda , y eligió para que acompañasen á las hermanas del Rey , al señor Oliverio de Mauny , al Tartamudo de Vilaines y á otros cincuenta caballeros , que partieron á pie inmediatos á las damas de honor.

Asi llegaron al palacio , donde el Rey aguardaba á la regia comitiva , sentado bajo un dosel de tela de oro : próximo á él estaba el conde de Larmarche , que habia llegado aquella misma mañana de Francia. Al llegar la Reyna donde estaba don Enrique , hincó una rodilla en tierra ; levántola el Rey , la abrazó tiernamente , y en seguida dijo en voz alta.

—Al monasterio de las Huelgas.

En este monasterio era donde debia tener lugar la ceremonia de la coronacion.

En su consecuencia , todos siguieron á los régios consortes , poblando el aire de entusiastas vivas.

Agenor mientras tanto , huyendo del ruido de estas fiestas se habia retirado á un aposento apartado y sombrío, seguido de su fiel Musaron.

Pero como este no estaba enamorado , y antes por el contrario era curioso y escudriñador como buen escudero gascon , aprovechando un momento de distraccion de su señor , lo habia abandonado , para recorrer la ciudad y presenciar todas las ceremonias ; de suerte que cuando á la noche volvió cerca de Agenor , lo habia visto todo , y sabia cuante habia pasado.

Halló á Agenor que vagaba por el jardin de su casa , y no pudiendo resistir al deseo que tenia de hacer-

le sabedor de cuanto habia ocurrido, le dijo que el condestable no era solo conde de Borgia , pues que antes de sentarse á la mesa la Reyna, habia pedido al Rey que le concediese una gracia , y que habiéndosela otorgado , habia dado á Duguesclin el condado de Trastamara.

— Gran fortuna ! dijo Agenor distraído.

— Pues no es eso todo , señor, continuó Musaron , animado á proseguir por aquella respuesta , que aunque breve en demasía le probaba que Agenor estaba escuchando : picado el Rey , y no queriendo ser menos que su esposa , antes que el condestable se hubiese levantado del suelo donde se habia puesto de hinojos para recibir el don de la Reyna , le dijo: «Señor condestable , el condado de Trastamara es el donativo de la Reyna ; yo quiero tambien haceros el mio , y en prueba de ello os doy el condado de Soria.

—Le hacen justicia, dijo Agenor.

—Todavía no he acabado, continuó Musaron, todos han sacado su parte de la munificencia real.

Sonrióse Agenor al pensar que nadie se había acordado de él, que en su posición secundaria, no había sido el que menos servicios prestara á don Enrique.

—Todos? repitió ¿como ha sido?

—Sí señor, todos; los capitanes, los oficiales y hasta los soldados. A la verdad, desde que lo he sabido no dejo de hacerme estas dos preguntas; es acaso, la España bastante rica para contener todo lo que el Rey da? tendrán fuerzas esas gentes para cargar con todo lo que se les da?

Pero Agenor había cesado de prestar atención, y en vano aguardó Musaron una respuesta al chiste que acababa de proferir. En el ínterin había llegado la noche, y Agenor, echa-

do de espaldas contra un balcon oía el rumor lejano de los gritos de la fiesta , que venía á expirar en torno suyo: al mismo tiempo la brisa de la noche refrescaba su frente llena de pensamientos ardorosos , y el penetrante olor de los mirtos y de los jazmines le recordaban los jardines del alcazar de Sevilla y de la casa de Ernauton, en Burdeos. Todos estos recuerdos eran los que le habian distraido del relato que le hacia Musaron. Este, que sabia manejar el ánimo de su señor segun las circunstancias , tarea muy facil para los que nos aman y conocen nuestros secretos , deseoso de sacarlo de su distraccion volvió á anudar la conversacion con estas palabras:

—¿ Sabcis , señor , que todas esas fiestas no son otra cosa que el preludio de la guerra , y que á la ceremonia de hoy va á seguirse una grande expedicion contra don Pedro?

—Enhorabuena ! contestó Agenor

formaremos parte de esa expedición.

—Es que será menester ir muy lejos.

—Iremos lejos! qué importa?

—Allí, señor. (Musaron señaló con un dedo la inmensidad) allí es donde el señor condestable quiere que se pudran los huesos de todas las compañías, lo sabeis?

—Y qué? lo mas que puede suceder es que tambieu se pudran los nuestros con ellos.

—No digo? que no lo tenga yo eso á mucho honor, pero...

—Pero, qué?

—Que tiene razon el que dice que el amo es el amo y el criado es el criado, es decir una máquina.

—Porqué dices eso, Musaron? preguntó Agenor, á quien al fin llamó la atencion el tono dolorido con que su escudero pronunció estas palabras.

—Lo digo, porque somos de pareceres enteramente distintos: vos sois

un caballero noble , y servís á vuestros señores por el honor, pero yo...

—Vamos á ver ! tú...

—Yo tambien os sirvo , sobre todo , por el honor que me resulta; despues por el placer que saco de vuestra sociedad y finalmente por ganar mi salario.

—Y no tienes tus gages ? Te se ha olvidado ya que de los cien escudos que el otro dia me entregó el condestable de parte del nuevo Rey, has sacado tu parte ?

—Y muy buena , por cierto , pues todos vinieron á mi poder.

—Entonces ya ves , que no te puede ir del todo mal , puesto que yo tambien tengo mis gages , y eres tú quien los disfrutas.

—Sí ; mas aquí precisamente queria yo que viniésemos á parar , para deciros , que vuestros méritos y servicios no han obtenido la debida recompensa. Cien escudos de oro ! Podria citaros á treinta oficiales que

han recibido 500, y á quienes ademas ha hecho el Rey barones y hasta senescales de su casa.

—Lo que quiere decir que el Rey me ha olvidado, no es eso?

—Justamente.

—Tanto mejor, Musaron, tanto mejor; me agrada que me olviden los Reyes, pues mientras tanto no me hacen al menos mal.

—Vaya! vaya! ¿quereis hacerme creer que estais muy contento fastidiandoos en este jardin, mientras que los demas se hallan ocupados en brindar con copas de oro, y en devolver á las damas sus encantadoras sonrisas?

—Pues es como os lo digo, mae-se Musaron, contestó Agenor. Y cuando os lo digo debeis creerme. Mas me he divertido yo solo con mis pensamientos en este jardin, que todos los caballeros juntos en el palacio real embriagándose con el vino de Jerez.

—Eso no es natural.

—Y sin embargo es así.

Musaron movió la cabeza y dijo:

—Yo hubiera servido á vuestra merced en la mesa, y á la verdad que habria sido para mí muy lisongero poder decir de vuelta á mi pais: «Yo serví á mi señor en el festin que dió el Rey don Enrique, quando lo coronaron Rey.»

Agenor movió á su vez la cabeza con una sonrisa melancólica.

—Vos sois el escudero de un pobre aventurero, maese Musaron, dijo; contentaos, pues, con tener que comer; y prueba de ello es que no os habeis muerto de hambre, lo que podia muy bien habernos sucedido, como á tantos otros. Por otra parte, esos cien escudos de oro.....

—Sin duda que los tengo en mi poder, dijo Musaron, pero si los gasto, no los tendré, y ¿con qué hemos de vivir entonces? Con qué pagaremos á cirujanos y boticarios cuan-

do vuestro celo por don Enrique nos haya puesto á las puertas de la muerte?

—Eres un valiente servidor , Musaron , dijo Agenor riéndose , y tu salud me es muy cara. Vete . pues , á descansar , que es tarde , y déjame á mí entretenerme de nuevo á mi manera con mis pensamientos. Vete á dormir , y mañana estaras mas dispuesto para calarte la armadura.

Musaron obedeció ; y se retiró sonriéndose cautelosamente , porque creia haber despertado alguna ambicion en el corazon de su señor , y esperaba que esta ambicion produjese sus frutos.

Mas no era asi. Entregado enteramente Agenor á sus pensamientos de amor , no se ocupaba en realidad ni de ducados ni de tesoros , y parecia esa nostalgia dolorosa , que nos hace sentir como una segunda patria cualquier otro pais en que hemos gozado la felicidad.

Agenor suspiraba, pues, por los jardines del Alcazar y de Burdeos.

Y sin embargo, las palabras de Musaron habian quedado en su espíritu, como queda en el cielo una señal de luz despues que el sol ha desaparecido.

—Yo, decia, yo, llegar á ser un gran señor, un capitan poderoso! No, nada de eso diviso en mi destino. No siento ganas, ni fuerza ni deseos sino para carzar otra clase de felicidad. ¿Qué me importa que me dejen olvidado en la distribucion de las gracias reales? Todos los Reyes son ingratos; ¿qué me importa que el condestable no me haya convidado á la fiesta, y me haya distinguido entre sus capitanes? los hombres son olvidadizos é injustos. Despues de todo, añadió, cuando me canse de su olvido y de su injusticia, pediré liceneia para retirarme, y así lo haré.

—Bueno ! exclamó una voz que hizo estremecer á Agenor ; muy bien ! jóven ; pero todavía no será así porque os necesitamos.

Volvióse Agenor vivamente y vió á dos hombres embozados en capas de color oscuro, que acababan de presentarse en el jardin , y cuyos pasos en la arena no habia sentido á causa de su distraccion.

El que habia hablado se acercó á Mauleon y le tocó en el brazo.

—El condestable ! dijo el joven.

—Si el condestable que viene á probaros que no os ha olvidado , dijo Feltran.

—Eso es porque no sois Rey , repuso Mauleon.

—Cierto es que el condestable no es Rey , dijo el segundo personaje , pero yo lo soy , conde , y no he olvidado que debo á vos una parte de mi corona.

Agenor reconoció á don Enrique.

—Señor balbució aturdido , ruego

á V. A. que me perdone.

—Etais perdonado, caballero, respondió el Rey; pero como no habeis participado nada de las recompensas concedidas á los demas, pienso daros algo mejor que todos los demas han recibido.

—Nada, señor, nada! repuso Mauleon; no quiero nada porque podría creerse que lo habia solicitado.

Don Enrique se sonrió

—Tranquilizaos, caballero, respondió: os respondo que nadie dirá eso, porque pocas personas se atreverian á pedir lo que yo vengo á ofrecer. Voy á confiaros una mision arriesgada, pero es tan honrosa al mismo tiempo que ella sola obligará á toda la cristiandad á que fije en voz la vista. Señor de Mauleon, vais á ser mi embajador, y yo soy Rey.

—Oh! señor, estaba muy lejos de aguardar tal honra.

—Vamos, fuera modestia! jóven, dijo Beltran; S. A. queria que yo fuese á desempeñar esa embajada; pero desques ha reflexionado que mi presencia aquí es necesaria para contener á las compañías, cosa no muy fácil por cierto. Hablé entonces de vos á V. A., justamente en el momento mismo en que nos acusábais de haberos olvidado; y baciéndoos la debida justicia os pinté como un hombre elocuente, de firmeza y que posee á fondo el idioma castellano: en efecto, siendo bearnés sois medio español. Pero, como ha dicho muy bien el Rey, la mision es peligrosa; se trata de una embajada para don Pedro.

—Para don Pedro! exclamó Agenor, transportado de gozo.

—Ah! ah! parece que no os disgusta tal comision, dijo don Enrique.

Agenor conoció que la alegria le habia hecho cometer una indiscrecion

y se contuvo.

—Sí, señor, me agrada esa comision, porque en ella veo un nuevo medio de poder servir á V. A.

—Y efectivamente me servireis mucho, repuso Enrique, pero os prevengo, noble mensagero, que será á riesgo de vuestra vida.

—Mandad, señor.

—Tendreis que atravesar, continuó el Rey, toda la llanura de Segovia, por donde debe hallarse don Pedro en estos momentos.. Por credencial os daré una joya que tenemos de nuestro hermano, y que de seguro reconocerá don Pedro. Pero antes de aceptar reflexionad bien en lo que voy á deciros, caballero.

—Hablad, señor.

—Si en el camino os atacan, y os hacen prisionero, se os prohíbe que descubrais el objeto de vuestra mision, aun cuando os amenecen con la muerte: se desanimarian demasiado mis partidarios si supiesen,

que desde la cumbre de mi prosperidad , hago á mi enemigo propuestas de paz y de conciliacion.

—De conciliacion ! exclamó Agenor sorprendido

—Así lo quiere el condestable , dijo el Rey.

—Señor, yo nada exijo nunca; no hago mas que suplicar. He rogado á V. A. que pesase bien en su alta consideracion , cuan grave debe ser á los ojos de Dios , guerra semejante á la que haceis. No basta en casos como este tener propicios á los Reyes de la tierra , es menester que lo esté tambien el Rey del Cielo. Conozco que al aconsejaros que hagais las paces con vuestro hermano falto á mis instrucciones ; pero el mismo Rey Carlos V , aprobará mi proceder cuando le diga: «Señor , eran dos hermanos, hijos de un mismo padre ; dos hermanos , que habiendo desenvainado la espada el uno contra el otro, podian encontrarse un dia y darse la

muerte. Señor, para que Dios perdone á un hermano el haber sacado la espada contra su hermano, es menester que el que desee obtener el perdón de Dios, haya puesto de su parte todo lo posible para conseguirlo, y esté de su lado todo el buen derecho." Don Pedro os ha ofrecido la espada, vos la habeis rechazado, porque cuando esto sucedia pudo creerse, si V. A. obraba de otro modo, que lo hacia por temor; mas hoy es distinto; hoy que estais vencedor, que habeis sido consagrado, que sois Rey, ofrecedla á vuestra vez, y se dirá que sois príncipe magnánimo, sin ambicion, y amigo solamente de la justicia: en cuanto á la parte de estados que podais ahora perder no tengais cuidado; que en breve volvereis á recobrarlos por la libre voluntad de vuestros súbditos. Si se niega, bien! marcharemos adelante, nada tendreis que echaros en cara, y el mismo don Pe-

dro habrá labrado su ruina.

—Es verdad ! respondió Enrique suspirando ; pero volverá á presentarseme nueva ocasion para arruinarle ?

—Señor , dijo Beltran , he hablado siguiendo las inspiraciones de mi conciencia. Un hombre que quiere marchar por el camino recto, no debe decirse que tambien hubiera llegado rectamente á su objeto haciendo algunos rodeos.

—Sea pues como lo quereis ! dijo el Rey tomando su partido , al menos en la apariencia.

—Está bien convencido V. M. ? preguntó Beltran.

—Sí , sin que nada pueda hacer volverme atrás.

—Y no tiene V. M. ningun sentimiento ?

—Oh ! oh ! dijo Enríque , mucho exigis , señor condestable. Os doy carta blanca para hacer la paz ; no pidais mas , que es bastante.

—Entonces, señor, dijo Beltran, permitidme que dé á este caballero las instrucciones, las mismas en que hemos convenido.

—No os tomeis ese trabajo, le interrumpió vivamente el Rey. Yo se lo explicaré todo al conde; y por otra parte, añadió en voz baja, ya sabéis lo que tengo que darle.

—Está bien, señor, contestó Beltran, no infundiéndole ninguna sospecha la prisa que tenia el Rey de que se retirase.

En seguida se marchó, mas antes de salir definitivamente se volvió atrás.

—Creo señor, que os acordareis de las condiciones: una buena paz, y la cesion de medio Reyno, sino hay otro remedio: ¡condiciones todas fraternales! Se dará un manifiesto prudente y cristiano; no debe hacerse ninguna provocacion por satisfacer el orgullo.

—Sí, ciertamente, dijo el Rey ru-

horizándose á pesar suyo ; si , descuidad acerca de mis buenas intenciones , condestable.

Beltran no creyó debia insistir mas , y á pesar de su momentánea desconfianza , le despidió el Rey con una sonrisa tan franca y tan amistosa , que se retiró satisfecho de las buenas intenciones del Rey.

—Caballero , dijo éste á Mauleon luego que el condestable se perdió de vista por entre los árboles ; esta es la joya que debe acreditaros al lado de don Pedro ; pero os pido que las palabras que acaba de pronunciar el condestable se borren de vuestra mente , para que se puedan grabar las mias mejor en ella.

Agenor dió á entender que escuchaba.

—Ofrezco la paz á don Pedro , continuó Enrique ; le cederé la mitad de la España desde Madrid hasta Cádiz , y permaneceré siendo su hermano y su aliado , pero con una con-

dicion.

Agenor levantó la cabeza , mas sorprendido del tono que de las palabras del príncipe.

—Sí , repuso Enrique ; diga lo que diga el condestable , lo repito , no haré nada de eso , sin una condicion. Veo , Mauleon , que os sorprende, el que yo oculte algo al buen caballero. Escuchadme: el condestable es un breton , hombre de mucha probidad, muy testarudo en materias de generosidad y de buena fe ; pero que ignora cuan poco valen los juramentos en España , pais en donde las pasiones queman mas el corazon que el sol al suelo: así, pues, no puede comprender hasta que punto me odia: como breton leal y buen caballero, olvida que don Pedro ha asesinado traídoramente á mi hermano , y ahogado á la hermana de su señor , sin forma alguna de juicio ; se figura que aquí se hace la guerra en los campos de batalla como en Francia. El Rey Cár-

los que le ha mandado que no descanse hasta lograr el total exterminio de don Pedro conoce á este muy bien , y su genio es el que me ha inspirado las órdenes que os voy á comunicar.

Agenor se inclinó , temeroso en el fondo de su alma de ser partícipe de aquellas regias confidencias.

—Ireis , pues , al lado de don Pedro , continuó el Rey , y le prometeréis en mi nombre cuanto os he dicho , lo cual le otorgaré siempre y cuando me entregue á Mothríl y á otros doce magnates , cuyos nombres van en este pergamino , para que los guarde yo en mi poder como rehenes , lo propio que á sus familias y bienes.

Agenor se estremeció ; el Rey le habia dicho doce magnates y sus familias ; así , pues , si Mothríl iba á la corte de don Enrique le acompañaría Aïssa.

—En cuyo caso , continuó el Rey

vos los custodiareis hasta aquí.

Un estremecimiento de gozo circuló por las venas de Agenor ; notólo el Rey pero se engañó acerca de la causa que lo producía.

— Veo que os asusta la enormidad de la empresa , dijo don Enrique ; mas nada temais ; sin duda creéis que vuestra vida corre peligro en medio de esos descreídos. No , el peligro no es tanto , al menos segun mi opinion : llegad al Duero cuanto antes ; y en cuanto lo hayais pasado encontrareis del lado acá del rio una escolta que os ponga á cubierto de todo insulto y me asegure la posesion de las personas que debo guardar en rehenes.

— Señor , dijo Mauleon , V. A. está equivocado , no es el miedo el que hace que sienta estos estremecimientos.

— Pues entonces , qué?.....

— Señor , es la impaciencia que tengo por entrar en campaña ; ya

quisiera estar en marcha.

—Bueno , sois un caballero valiente , exclamó Enrique ; teneis un corazon noble , y os digo que hareis alta fortuna si quereis uniros francamente á mí.

—Ah ! señor , dijo Mauleon ; V. A. me ha recompensado ya mas de lo que merezco.

—De suerte que vais á partir?

—Al punto.

—Pues bien , partid. Aquí teneis tres diamantes , por cada uno de los cuales daría cualquier judío mil escudos de oro ; ya sabeis que en España no faltan judíos. Tomad estos otros mil florines ; son para la baliya de vuestro escudero.

—Señor , no merezco.....

—Cuando regreseis , continuó don Enrique , os nombraré capitan de una compañía de cien lanzas , levantada á mis expensas.

—Oh ! no diga V. A. mas , señor ; os lo suplico.

—Pero me habeis de prometer no participareis al condestable las condiciones que impongo á mi hermano.

—Oh! nada tema V. A.; el condestable se opondria á ello, y yo tengo tanto interes como V. A. en que no se oponga.

—Gracias, caballero, dijo Enrique; sois mas que valiente, pues sois tambien entendido.

—Estoy enamorado, dijo Agenor para sí, y dícese que el amor da á uno cualidades que no tiene.

—El Rey fue á incorporarse con Duguesclin.

Mientras tanto Agenor despertaba á su escudero; y dos horas despues, ambos trotaban por el camino de Segovia, alumbrados con la suave claridad de la luna.

CAPITULO VIII.

En el que se refiere como don Pedro, á su regreso reparó en la litera, y las cosas que se siguieron.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, habia llegado don Pedro á Segovia, con el corazon lleno de amargura y de dolor.

Aquellos primeros golpes dados á su monarquía de diez años de fecha, habian sido para él mas sensible que lo fueron en lo sucesivo las varias derrotas que experimentó, y las traiciones de sus mejores amigos. Parecíale que atravesar la España con

precaucion , él , que tenia por costumbre rondar dia y noche por Sevilla , sin mas guardia que su espada , ni otro disfraz que su capa , equivalía á huir , y que un Rey está perdido , si llega á transigir una sola vez con su inviolabilidad.

Mas á su lado , y semejante al genio de la antigüedad que infundia la cólera en el corazon de Aquiles , marchaba siempre Mothril , verdadero genio de odio y de furor , consejero incesante de amargura , que le ofrecia los deliciosos y acres frutos de la venganza ; Mothril , fecundo siempre en idear el mal , y en evitar el peligro ; Mothril , cuya inagotable elocuencia , bebiendo , por decirlo así , en los tesoros desconocidos del Oriente , mostraba á aquel Rey fugitivo mas tesoros y recursos , mas poder , que todo lo que habia podido soñar en sus mejores dias.

Gracias á él , el camino se hacia corto. Mothril , el hombre del de-

sierto , sabia encontrar en medio del dia , el manantial helado oculto bajo los robles y los plátanos. Mothril, sabia á su paso por las ciudades , hacer que se diesén algunos vivas á don Pedro , y otras muestras de fidelidad, últimos reflejos de la moribunda monarquía.

—Todavía me aman , decia el Rey, ó mas bien todavia me temen , lo que es mucho mejor.

—Volved á ser verdaderamente Rey , y ya vereis si no os adoran ó si no tiemblan ante vuestra presencia, replicaba Mothril con inapercibible ironía.

En medio de estos temores y esperanzas, de estas interrogaciones de don Pedro , Mothril habia notado con indecible gozo que nada decia tocante á María Padilla ; parecia que aquella maga , que presente tenia sobre el Rey tanto influjo que atribuian su poder á magia , no solo no alcanzaba en la ausencia á llenar el co-

razon de don Pedro , si que tampoco á ocupar un rincon de su memoria. Y era que don Pedro, Rey caprichoso, y hombre de imaginacion ardiente y de fuertes pasiones, estaba sometido, desde el principio del viage que habia hecho con Mothril, á la influencia de otro pensamiento: aquella litera, que desde Burdeos á Vitoria habia ido siempre cerrada; aquella muger huyendo, arrastrada por Mothril, á traves de las montañas, y cuyo velo, levantado dos ó tres veces por el viento, habia dejado entreveer una de esas encantadoras peris del Oriente, con ojos de terciopelo, cabellos azules á fuerza de ser negros, y tez mate y armoniosa; el sonido de aquella guzla que durante las tinieblas velaba con amor, mientras don Pedro velaba con ansiedad, todo esto habia ahuyentado poco á poco de don Pedro el recuerdo de Maria Padilla, y no era tanto el alejamiento el que habia perjudi-

cado á la querida ausente , cuanto la presencia de aquel ser desconocido y misterioso , que la pintoresca y exaltada imaginacion de don Pedro , parecia dispuesta á tomar por algun genio sometido á Mothril , que era un encantador mas poderoso que él.

Asi llegaron á Segovia , sin que ningun obstáculo serio se opusiese á la marcha del Rey. Nada habia cambiado aquí. El Rey lo halló todo como lo habia dejado: un trono en un palacio ; arqueros en una fuerte y buena ciudad , y súbditos respetuosos en torno de los arqueros.

El Rey respiró.

Al siguiente dia de su llegada se divisó por el camino gran número de soldados: eran Caverley y sus compañeros , que , fieles al juramento hecho á su soberano , venian , con ese espíritu de nacionalidad que ha hecho siempre el poder de la Inglaterra , á unirse al aliado del Príncipe Negro, y al que aguardaba el mismo don Pedro.

La víspera habian recogido tambien en el camino un cuerpo considerable de andaluces granadinos, y moros, que acudian á defender al Rey.

En breve llegó un emisario del príncipe de Gales, de ese eterno é infatigable enemigo de la Francia, que Juan y Carlos V encontraron por todas partes, durante ambos reynados, y siempre con desventaja. El emisario puso en conocimiento de don Pedro, que el príncipe Negro habia reunido un ejército en Auch, y que estaba en marcha hacia doce dias: dicho enviado habia dejado al príncipe en Navarra, y cuyo soberano habia atraído de paso á la causa de don Pedro.

Así, pues, el trono de don Pedro, conmovido un instante por la proclamacion de Enrique de Trastámara en Burgos, se afirmaba mas y mas, y á medida que se afirmaba, acudian de todas partes esos inmu-

tables partidarios del poder, buenas gentes que ya se disponian á marchar á Burgos para saludar á don Enrique, cuando habia sabido que no era tiempo todavia de que se pudiesen en camino, y que podia muy bien suceder que dejasen á sus espaldas un Rey mal destronado.

A estos, siempre numerosos, se agregaba el grupo menos compacto, pero mas escogido, de hombres fieles y puros, de corazones transparentes y sólidos como el diamante, y para quienes el Rey consagrado es Rey hasta que muere, atendido á que se hicieron esclavos de su juramento el dia en que juraron fidelidad á su Rey. Estos hombres pueden sufrir, temer y hasta odiar al hombre en el príncipe, pero aguardan con paciencia y lealtad que Dios los releve de su promesa, llamando á sí á su elegido.

Estos hombres leales son fáciles de reconocer en todas épocas y tiem-

ver á Agenor , no era vivir ; no oírle hablar era no tener el oído abierto al ruido del mundo.

Sin embargo , tenia una conviccion profunda que la hacia soportable la vida , y era que habia inspirado un amor igual al que ella sentia ; sabia que Agenor , que por tres veces habia hallado medio de llegar hasta ella , lo verificaria por cuarta vez , á no estar muerto , lo que le parecia imposible que le sucediese , pues tal era su juvenil confianza en el porvenir.

Nada , pues , tenia que hacer Aïssa , sino aguardar y confiar.

Las mugeres de Oriente se forman una vida de ilusiones perpétuas , mezcladas de acciones enérgicas que son las treguas ó las intermitencias de su voluptuoso sueño. Ciertó es que si la pobre cautiva hubiese podido obrar para encontrar á Mauleon , lo habria verificado ; pero ignorante , como una de esas flo-

res de Oriente , de las cuales tenia el perfume y la frescura, solo sabia volverse del lado de donde le venia el amor , ese sol de su vida. Pero andar, proporcionarse oro, inquirir, fugarse, eran cosas que jamas se habian ofrecido á su pensamiento, pues las creia del todo imposibles.

Por otra parte ¿ sabia ella donde estaba Agenor ? donde estaba ella misma ? En Segovia, sin duda, mas solo sabia que Segovia era el nombre de una ciudad, ignorando donde estaba y á que provincia de España pertenecía, pues ni aun conocia las diferentes provincias de España: acababa de andar quinientas leguas sin conocer el pais que habia atravesado, y su memoria solo le recordaba tres puntos, es decir, los sitios en que habia visto á Agenor.

¡ Pero cuan presentes tenia en la imaginacion estos tres puntos ! ¡ Qué

bien veía las orillas del Zézaro, de este hermano del Tajo, con sus bosques de acebuches, cerca de los cuales habian puesto su literas, sus orillas escarpadas y sus ondas sombrías, llenas de ruidos y de sollozos, y de cuyo seno parecían subir la primera palabra de amor de Agenor y el último suspiro del desventurado page! ¡Qué bien veía su habitacion del Alcazar, con sus ventanas enrejadas y cubiertas de madreselvas que daban á un jardin primoroso, en el centro del cual se elevaban en el aire multitud de saltadores que caían en tazas de marmol, convertidos en lluvia! Qué bien, veía, en fin, los jardines de la casa de Burdeos con sus grandes árboles de ramage sombrío, que separaba de la casa aquel lago de luz que vertía la luna de lo alto de los cielos!

De todos estos diferentes paisajes, cada tono, cada aspecto, cada pormenor, cada hoja estaban pre-

sentos á sus ojos.

Pero no podia decir si estos puntos, á pesar de ser tan luminosos en medio de la oscuridad de su vida, estaban á su derecha ó á su izquierda, al norte ó al medio dia del mundo: Aïssa no sabia mas que lo que se aprende en el harem, es decir, las delicias del baño, y los sueños voluptuosos que engendra la ociosidad.

Mothril sabia todo esto, sin lo cual no hubiera estado tan tranquilo.

Entró en la habitacion de la jóven.

—Aïssa, le dijo despues de haberse prosternado ante ella segun lo tenia de costumbre, puedo creer que prestareis atencion á lo que voy á deciros?

—Todo lo que soy lo debo á vos, y bien sabeis que soy vuestra esclava, contestó Aïssa.

—Os gusta la vida que pasais aquí? le preguntó Mothril.

—Qué quereis decir? preguntó

Aïssa procurando indagar el objeto de aquella pregunta.

—Quiero saber si os agrada vivir encerrada.

—Oh ! no, dijo vivamente Aïssa.

—Quisierais, pues, cambiar de condicion ?

—Ciertamente.

—Y qué es lo que apeteceriais ?

Aïssa no respondió, pues la sola cosa que deseaba no podia decirle.

—No me respondeis ? preguntó Mothril.

—No sé qué contestaros, dijo ella.

—No quisierais, por ejemplo, continuó el moro, correr la España montada á caballo, seguida de mugeres, de caballeros, de perros y de músicos ?

—No es eso lo que mas deseo, respondió la jóven. Sin embargo, despues de tener lo que deseo, no me desdeñaria de disfrutar todo eso, con

tal que....

Aïssa se detuvo.

—Con tal qué? preguntó Mothril con curiosidad.

—Nada! dijo la altiva jóven, no es nada!

A pesar de la reticencia, Mothril comprendió perfectamente lo que significaba aquel *con tal*.

—Mientras que esteis conmigo, continuó Mothril, y mientras que yo que pasó por vuestro padre, aunque no tengo tan insigne honor, sea el responsable de vuestra felicidad y sosiego, no conseguireis, Aïssa, la única cosa que deseais.

—Y cuando será entonces? preguntó la jóven con ingénua impaciencia.

—Cuando tengais un esposo.

La jóven movió la cabeza.

—Nunca tendré yo marido, dijo.

—Me interrumpis, señora, dijo Mothril con gravedad, no obstante que hablo de cosas que os interesan.

Aïssa miró fijamente á Mothril.

—Decia, continuó éste, que un marido puede daros la libertad.

—La libertad? repitió Aïssa.

—Acaso, no sepais muy bien lo que es la libertad, repitió Mothril. Voy á decíroslo: la libertad es el derecho de salir por las calles sin llevar el rostro cubierto, y sin ir encerrada en una litera; es el derecho de recibir visitas como entre los francos, de asistir á las cacerías, á las fiestas, y tomar parte en los grandes festines en compañía de los caballeros.

A medida que Mothril hablaba, se cubria de rubor el semblante de Aïssa.

—Yo habia oido decir, respondió la jóven como vacilando, que el marido quitaba ese derecho en vez de darlo.

—Luego que el amante se convierte en marido, suele suceder así; pero antes de verlo, sobretudo cuando se

ocupa un lugar distinguido , permite á su prometida , portarse como os lo he dicho. En España y en Francia , por ejemplo , hasta las mismas hijas de los reyes cristianos , dan oído á galantes frases , sin que por eso queden deshonradas. El que debe casarse con ellas las deja que hagan antes un ensayo de la vida de suntuosidad y placeres que les está reservada , voy á presentaros un ejemplo: os acordais de Maria Padilla ?

Aïssa prestaba la mayor atencion.

—Y qué ? preguntó la jóven.

—No era Maria Padilla la Reyna de las fiestas , la querida poderosa en el alcázar , en Sevilla , en la provincia , en la España ? No os acordais de haberla visto en los patios del palacio á traves de nuestras celosias , cansando su hermoso caballo árabe y reuniendo á su alrededor por todo un dia á los caballeros á quien otorgaba la prefe-

rancia. Entretanto, como os he dicho, vos estábais encerrada y oculta, sin ver á nadie mas que á vuestras sirvientas, y sin poder hablar con nadie.

—Pero, dijo Aïssa, doña Maria Padilla amaba á don Pedro, porque segun parece, en este pais, quando se ama puede decirse públicamente. El amante adquiere á su amada por eleccion y no por compra como en Africa. Doña Maria amaba á don Pedro, y yo os digo que no amaria al que pensase casarse conmigo.

—Qué sabeis de eso? señora.

—Quién es él? preguntó vivamente la jóven.

—Preguntais con mucho ardor, dijo Mothril.

—Y vos contestais con mucha lentitud, repuso Aïssa.

—Pues bien! queria deciros que doña Maria está libre.

—No, puesto que ama.

—No obsta eso para estar en li-

beraad , señora.

— Cómo es eso ?

— Le deja de amar, he aquí todo.

Aïssa se encogió de hombros , como si le hubiesen dicho una cosa imposible:

— Os digo que doña Maria ha quedado en libertad ; porque don Pedro ya no la ama, ni ella ama á don Pedro.

— Aïssa levantó la cabeza sorprendida ; el moro continuó:

— Ya veis , Aïssa , que su matrimonio no se habia verificado , y que sin embargo , ambos gozaban de toda las consideraciones y bienestar debidas á su rango y relaciones.

— A dónde quereis ir á parar ? gritó Aïssa como deslumbrada de pronto por un relámpago.

— A deciros , repuso Mothril , lo que ya habeis comprendido perfectamente.

— Seguid.

— Es que un ilustre señor...

—El Rey , no es verdad ?

—El Rey mismo , señora , respondió Mothril inclinándose.

—Piensa darme la plaza que deja vacante doña Maria Padilla ?

—Y su corona.

—Como á Maria Padilla ?

—Doña Maria no ha sabido mas que bacérsela prometer: otra muger mas jóven , mas hermosa , ó de mas habilidad sabrá hacer que se la den.

—Pero ella , ella á quien ya no ama el Rey , qué va á ser de ella ? preguntó la jóven pensativa.

—Oh ! dijo Mothril , afectando indiferencia , ella se ha creado otra felicidad: los unos dicen que ha temido las guerras en que el Rey va á empeñarse , los otros , y es lo mas probable , que amando á otra persona , va á casarse con ella.

—Con quién ? preguntó Aïssa.

—Con un caballero de Occidente , respondió Mothril.

Aïssa quedó sumergida en profunda meditacion , porque las pérfidas palabras de Mothril le revelaban , una tras otra , y como á merced de un poder mágico , todo el dulce porvenir que ella soñaba , y del cual, fuese por ignorancia ó por timidez, no se habia atrevido á levantar el velo.

—Ah ! se dice eso?... preguntó al fin Aïssa estasiada.

—Sí , dijo Mothril , y se añade que al recobrar su libertad exclamó: «Oh ! la eleccion que hizo el Rey de mí , ha sido la causa de mi felicidad , puesto que me sacó de la oscuridad y del retiro , para proporcionarme esa hermosa luz y claridad que ha hecho que yo descubra mi amor.»

—Sí , sí , continuó la jóven absorta.

—Y en verdad , repuso Mothril, que no hubiera hallado en el harem ni en un convento la alegría que

siente ahora.

—Cierto es, dijo Aïssa.

—Así, pues, por interés de vuestra propia dicha, Aïssa, dareis oído á las palabras del Rey. ?

—Pero el Rey me dejará tiempo para reflexionar ? no es así ?

—Todo el tiempo que os agrade, y que conviene dejar á una jóven tan noble como vos. Pero os advertiré que el Rey está triste é irritado por sus desgracias, y que vuestra voz es muy dulce para calmarlo, si queréis.

—Oiré al Rey, señor, respondió la jóven.

—Bueno ! dijo Mothril para sí; seguro estaba de que la ambicion hablaría, si no lo conseguia el amor. Ella ama demasiado á su caballero francés para que deje de aprovechar esta ocacion que se le presenta para volverlo á ver ; en este momento ella sacrifica el monarca al amante; puede que mas tarde tenga yo que

velar porque no sacrifique el amante al monarca.

—De modo que no os negais á ver al Rey , doña Aïssa ? preguntó.

—Seré una humilde servidora de S. A., contestó la jóven.

—Eso no , porque vos sois igual al Rey , no lo echeis en olvido. Basta con que no os mostreis orgullosa. Quedad con Dios : voy á prevenir al Rey que consentís en asistir á la serenata que le dan todas las tardes. Asistirá á ella toda la corte, y gran número de nobles extranjeros , Adios , doña Aïssa.

—Quién sabe , dijo para si la jóven sin entre esos nobles extranjeros estará Agenor ?

Don Pedro , el hombre de las pasiones violentas y súbitas , se ruborizó de placer como un novicio , cuando aquella tarde vió aproximarse al balcón, resplandeciente bajo su velo bordado de oro , á la bella mora , cuyos negros ojos , y tez pálida , eclipsa-

saba á todas las beldades mas perfectas que hasta entonces habia tenido Sevilla.

Aïssa parecia una Reyna , acostumbrada á recibir los homenajes de los Reyes : léjos de bajar los ojos, miraba á menudo á don Pedro , y á toda la reunion , y mas de una vez dejó don Pedro el lado de sus mas sábios consejeros , ó de las señoras mas lindas , para decir una palabra á la jóven, que le respondia sin turbarse, y aunque algo distraida, porque su pensamiento estaba en otra parte.

Don Pedro la dió la mano para conducirla á su litera, y durante el camino no cesó de hablarla á través de sus cortinas de seda.

En toda aquella noche no cesaron los cortesanos de hablar acerca de la nueva querida que el Rey iba á tomar ; y al acostarse don Pedro , anunció públicamente que confiaba el cuidado de las negociaciones y el

pago de las tropas á su primer ministro Mothril, gefe de las tribus moriscas empleadas en su servicio.

FIN DEL TOMO CUARTO.

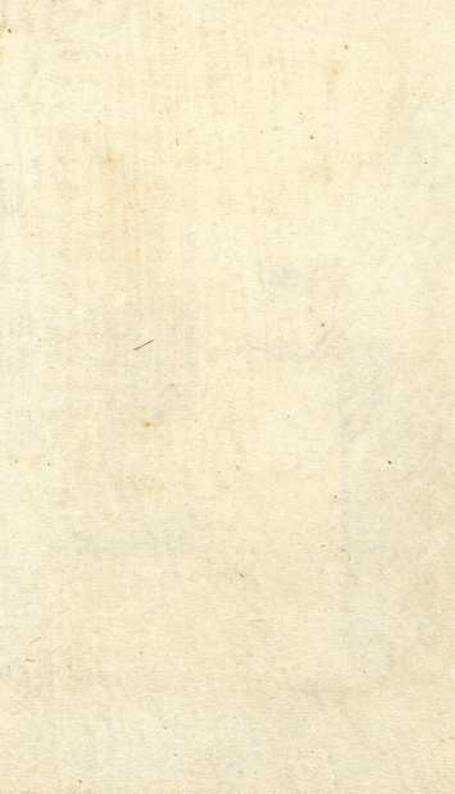
INDICE.

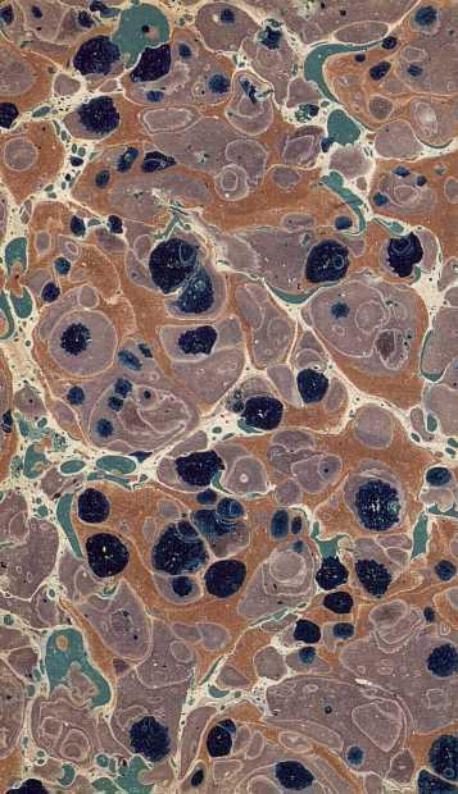
DEL TOMO CUARTO.

- I. En el que se verá como su Santidad el Papa Urbano V se decidió al fin á pagar la cruzada y á bendecir á los cruzados. 5
- II. En el que se refiere como Hugo de Caverley estuvo á punto de ganar 300,000 escudos de oro. 50
- III. En el que se halla la continuación y esplicacion del precedente. 51
- IV. El jabalí cojido en la trampa. 82
- V. La política del condestable Beltran Duguesclin. . . . 98
- VI. El mensajero. 114
- VII. La consagracion. . . . 136
- VIII. En el que se refiere como

don Pedro á su regreso re-
paró en la litera y las cosas
que se siguieron. 172

IX. De qué modo fue nombrado
Mothril gefe de las tribus mo-
riscas y ministro del Rey don
Pedro. 190





EL BASTARDO
de
MAULEON.

IV.

ON THE

OF

THE

VI

